

Conversaciones espirituales

San Francisco de Sales el 6 de junio de 1610 fundó, junto con santa Juana Francisca Fremyot de Chantal, la Orden de la Visitación de Santa María, Orden que pretendía llenar un vacío en la Iglesia de aquella época, y con unas características peculiares. Él que conocía bien la situación de las Órdenes en esos principios del siglo XVII en Francia e Italia, quiso formar personalmente a sus religiosas para lo que acudía con asiduidad a la “Casa de la Galería”, primera sede de la Visitación, y más tarde, a los siguientes edificios de Annecy, París o Lyon. Allí mantenía conversaciones familiares con las Hermanas para explicarles temas sobre la vida religiosa y responder a sus preguntas.

Desde 1610 a 1622 las Hermanas fueron apuntando todo lo que el Fundador les iba enseñando o respondiendo a sus preguntas, y en 1628 y 1629 aparecieron impresas con el título de *Coloquios Espirituales*, O *Verdaderas Conversaciones Espirituales*, respectivamente.

Ofrecemos aquí algunas de ellas, entresacando asuntos variados: ***cordialidad, humildad, generosidad, compilación de preguntas*** y por fin, su última conversación celebrada con las Hermanas del Monasterio de Lyon en 1622 poco antes de morir.

Pensamos pueden interesar a muchas personas religiosas o deseosas de conocer las obras de nuestro santo fundador, y que podrán consultar en sus originales franceses; en la edición de Balmes, en español. O en breve, en la nueva edición que se está preparando.

La Cordialidad

Nuestra Madre pregunta una cosa bien clara en nuestras Reglas: cómo deben quererse las Hermanas con un afecto cordial, pero sin familiaridad inconveniente. Desea saber en qué consiste esa cordialidad que nos está recomendada en nuestras Reglas. La comprenderéis mejor cuando os hable de la segunda parte de la pregunta, referente a la moderación en los testimonios de nuestro afecto cordial.

Ante todo, para satisfacer el deseo de nuestra Madre, debemos decir más detalladamente lo que está indicado en nuestras Constituciones muy bien, pero en general: en qué consiste ese afecto cordial con el que las hermanas deben amarse unas a otras. Debemos saber que la cordialidad es la esencia de la verdadera y sincera amistad, que sólo puede existir entre personas razonables que fomentan y alimentan sus amistades mediante la razón, pues de otro modo no puede ser amistad, sino sólo amor. Los animales se aman entre ellos, pero no pueden tener amistad, porque son irracionales. Se aman mutuamente por cierta afinidad natural e incluso aman al hombre, como la experiencia nos muestra todos los días, y diversos autores han escrito cosas admirables acerca de esto. Por ejemplo hablan de un delfín que amaba tan locamente a un niño que había visto varias veces a orillas del mar, que al enterarse de que había muerto, se murió también de pena. Pero eso no debe llamarse amistad, pues es necesario que el amor de uno responda al del otro y que esa amistad se entable mediante la razón. Digo esto para probar que los hombres traban amistades que, no siendo para bien ni estando guiadas por la razón, no merecen en absoluto el nombre de amistad. Por ejemplo en esos tres días que proceden al miércoles de ceniza encontraréis un tropel de jóvenes alocados que se reunirán y tendrán gran amistad, se llamarán hermanos y no dejarán nada por hacer para convencerse de que se aman mucho. Cosa que, en cambio, no es cierta, porque el fundamento de su amor es simplemente el plan que han hecho de hacer muchas cosas contrarias a la razón y sin ésta no puede existir una verdadera amistad.

Además de la razón, tiene que haber cierta semejanza de vocación, aspiraciones o rango entre los que traban amistad y esto es muy cierto, pues la experiencia nos lo enseña. Advertid, os ruego, que no existe una amistad más verdadera ni sólida que la que hay entre los hermanos; por eso los primitivos cristianos de la nueva Iglesia se consideraban todos así. Al enfriarse este primer fervor entre el común de los cristianos, se fundaron las órdenes religiosas en las que se estableció que todos los religiosos se llamarían hermanos y hermanas en señal de la sincera y auténtica amistad cordial que los une o debe unirlos.

No se llama amistad al amor de los padres a sus hijos ni al de éstos a aquellos, porque no hay igualdad, sino que son diferentes: el amor de los padres lleva el sello de la autoridad y seriedad, y el de los hijos a sus padres es un amor respetuoso y sumiso. En cambio entre los hermanos la semejanza de su amor, debida a la igualdad de su condición, establece una amistad sólida, firme y fuerte y ninguna otra puede compararse a ella. En efecto, todas las demás amistades son desiguales o fundadas en algo no natural, como las que existen entre los cónyuges, hechas con contratos escritos y ante notarios, o con simples promesas y por tanto no basadas en lazos naturales. Igual ocurre con algunas amistades que traban los mundanos por algún interés particular o por algún motivo frívolo y por eso están expuestas a desaparecer. En cambio la amistad entre hermanos es natural y consiguientemente muy segura. Estando así las cosas, diremos que este es el motivo por el que los religiosos se llaman todos hermanos, y tienen, por tanto, un amor que merece verdaderamente el nombre de amistad, que es no común, sino cordial.

Pero, me diréis, ¿qué significa «cordial»? — Es como decir una amistad que tiene su fundamento en el corazón. Debemos saber que en éste reside el amor y que nunca podemos amar demasiado al prójimo ni rebasar los límites de la razón en este amor con tal de que resida en el corazón, aunque en las muestras de ese amor sí podemos errar y rebasar las reglas de la razón. Dice el glorioso san Bernardo que la medida de amar a Dios es amarle sin medida y que en

nuestro amor no debe haber ningún límite, sino que hay que dejarle extenderse todo lo que le sea posible. Lo que se dice de Dios debe entenderse igualmente por lo que respecta al amor del prójimo, pero con la condición de que el amor de Dios esté siempre por encima y ocupe el primer lugar. Pero después debemos amar a nuestras hermanas con todo nuestro corazón y no contentarnos con amarlas como a nosotros mismos, como nos ordenan los mandamientos de Dios, sino más que a nosotros mismos, como para cumplir las reglas de la perfección evangélica que nos lo piden así. Nuestro Señor mismo lo ha dicho: Amaos unos a otros como Yo os he amado (Jn 13,34; 15,12). Son muy de notar las palabras amaos como Yo os he amado, y eso quiere decir más que a vosotros mismos. Nuestro Señor, que siempre nos prefirió a sí mismo, continúa haciéndolo cuando lo recibimos en el Santísimo Sacramento como alimento, y quiere que nos tengamos recíprocamente un amor semejante, es decir, que amemos a los demás más que a nosotros y que lo mismo que Él hizo todo lo que podía por nosotros, excepto condenarse (pues esto no debía ni podía hacerlo, al no poder pecar, que es lo que conduce a la condenación) quiere, y la regla de la perfección lo requiere, que hagamos unos por otros todo lo que podamos, excepto pecar. Pero, quitado esto, nuestra amistad debe ser tan firme, cordial y sólida que nunca rehusemos hacer o padecer cualquier cosa por nuestro prójimo y por nuestras hermanas.

Este amor cordial debe estar acompañado de dos virtudes, una de las cuales se llama afabilidad y la otra buena conversación. La afabilidad infunde cierta suavidad en medio de los asuntos y tareas serias que tratamos unas con otras. La buena conversación nos hace simpáticos y agradables en los esparcimientos y cuestiones menos serias que tenemos con nuestros prójimos. Todas las virtudes, como hemos dicho otras veces, tienen dos vicios contrarios, que son los extremos de la virtud. Por ejemplo, a la liberalidad se opone, por un lado, la prodigalidad y por el otro, la avaricia y mezquindad. Cuando el hombre da más de lo que debe, cae en el vicio de la prodigalidad, y, por el contrario, cuando no da lo que podría, se porta como avaro y mezquino.

La virtud de la afabilidad está en medio de dos vicios, que son la gravedad y excesiva seriedad, por un lado, y el exceso de blanduras, caricias y halagos, por otro. La virtud de la afabilidad se mantiene en el término medio, dando grandes muestras de afecto según la necesidad de aquellos con los que tratamos y demostrando una gravedad suave cuando conviene según las personas con las que tratemos. Digo que de vez en cuando hay que «mimar», —lo digo en serio, no en broma—, en algunos momentos, como cuando una joven está enferma o afligida y un poco melancólica, pues eso le hace un gran bien. Claro está que no sería a propósito estar al lado de una enferma con tanta seriedad como se estaría en otro lugar, sin querer mimarla, como si estuviera completamente sana.

Tampoco se deben usar las demostraciones de cariño en toda ocasión, ni decir palabras melosas dirigidas a puñados al primero que vemos. Así como si se echara azúcar excesivamente en algún plato, desagradaría por estar demasiado dulce e insulso, así también las palabras cariñosas demasiado frecuentes fastidiarían y no darían ningún fruto. No les importarían a nadie sabiendo que se dicen por costumbre. Los alimentos excesivamente salados serían desagradables por su acritud y los muy azucarados, por su dulzura. Esos mismos alimentos cuando tienen la sal y el azúcar bien proporcionados son agradables al gusto y apetitosos. Las muestras de cariño hechas con mesura y discreción son provechosas y gratas a quien las recibe.

La virtud de la buena conversación requiere contribuir a la alegría santa y moderada y, en las horas de recreo, a las conversaciones entretenidas que pueden consolar o recrear al prójimo, sin aburrirlo con nuestro aire enfadado y melancólico. Tampoco debemos rehusar recrearnos en el tiempo destinado a esto, imitando a los que lo quieren hacer todo con mesura y sólo quieren hablar haciendo una larga consideración sobre cada palabra para ver si todo está muy medido y no hay nada que objetarle. Eso lo hacen por miedo a que censuren sus hechos o dichos y se examinan a cada paso, no para saber si han ofendido a Dios, sino para ver si no han dado a nadie motivo para menospreciarlos. Esta clase de personas son muy desagradables a los que tratan con ellas y faltan seriamente a la virtud de la buena conversación, la cual requiere que hablemos con

franqueza y amabilidad con el prójimo contribuyendo lo que podamos a lo que es necesario para su utilidad o su consuelo.

Ya hemos hablado de esa virtud en otra conversación acerca de la Modestia. Por eso paso adelante, añadiendo solamente que es muy difícil dar siempre en el blanco adonde se apunta y dispara. Es verdad que todos debemos procurar alcanzar y dar en el blanco de la virtud que hemos de desear vivamente, ya sea la humildad, ya la cordialidad, pero no debemos desanimarnos cuando no atinamos enseguida con la esencia de la virtud, ni tampoco extrañarnos, con tal que lleguemos lo más cerca que podamos, pues es cosa que ni los santos han podido conseguir en todas las virtudes y sólo nuestro Señor y Nuestra Señora han logrado.

Los santos han practicado las virtudes de modos muy distintos. ¿Acaso no hay diferencia entre el espíritu de san Agustín y el de san Jerónimo? Se advierte bien en sus obras. No hay nada más dulce que san Agustín, sus escritos son la dulzura y suavidad misma; por el contrario, san Jerónimo tenía una severidad notable y parecía ser muy huraño. Miradlo con su barba poblada, su piedra en la mano golpeándose el pecho y reprendiendo en sus cartas casi siempre. Sin embargo los dos eran muy virtuosos, pero uno destacaba por su dulzura y el otro por su austeridad de vida. San Pablo y san Juan fueron grandes santos, pero no igualmente dulces y suaves y la diferencia de sus caracteres se observa en sus epístolas. San Juan es todo suavidad y dulzura, a los que escribe siempre los llama hijitos míos por el gran cariño que les tenía. San Pablo los amaba con un amor que no era tan suave y tierno, sino fuerte y sólido. Así es que vemos que no debemos extrañarnos de que no seamos igualmente dulces y suaves, con tal de amar al prójimo con ese amor de todo corazón y como nuestro Señor nos ha amado, es decir, más que a nosotros mismos prefiriéndolos siempre en todas las cosas y no rehusando nada de lo que podemos aportar para su utilidad, excepto el pecado, como ya dijimos. Por tanto tenemos que procurar dar muestras externas de nuestro amor dándonos a cada uno lo que la razón requiere o permite: reír con los que ríen y llorar con los que lloran (Rm 12, 15).

Debemos mostrar que amamos a nuestras hermanas —y ésta es la segunda parte de la pregunta— sin llegar a una familiaridad inconveniente: la Regla lo dice pero vamos a ver cómo debemos actuar en este punto. Sencillamente, procurando que la santidad aparezca en nuestra familiaridad y demuestre amistad, como lo dice san Pablo en una de sus epístolas: Saludaos mutuamente con el beso santo (Rm 16,16; 1Co 16, 20; 2Co 13,12). Cuando se encontraban los amigos acostumbraban besarse. Nuestro Señor usaba con sus discípulos esta forma de saludo, como lo vemos en la traición de Judas que empleó ese medio para hacer que apresaran a nuestro Señor diciendo: Aquel a quien yo bese, ése es: prendedlo (Mt 26,48-49). Los santos religiosos de la antigüedad decían al encontrarse: Deo gracias, para demostrar la gran alegría que sentían el verse; es como si dijeran o hubieran querido decir: «doy gracias a Dios, querido hermano, por el consuelo que me da el veros». Así, queridas hijas, hay que dar muestras de que amamos a nuestras hermanas y nos gusta estar con ellas, con tal de que la santidad acompañe siempre a nuestras muestras de afecto y que Dios no sólo no sea ofendido por ellas, sino glorificado y alabado.

El mismo san Pablo, que nos enseña a demostrarnos el afecto santamente, quiere y nos enseña a hacerlo con amabilidad y nos da ejemplo cuando dice, escribiendo a los romanos: Saludad a fulano, que sabe bien que lo amo de todo corazón, y a mengano, que puede estar seguro de que lo quiero como hermano mío y en particular a su madre, que bien sabe es también mía (Rm 16, 16).

Preguntáis, querida hija, si debéis procurar reír en el coro y en el refectorio cuando las demás se ríen, porque dicen que sois demasiado seria o porque teméis no ser cordial si no lo hacéis. — A esto respondo que en el coro no debéis reír contribuyendo a la disipación de las otras, porque no es el lugar adecuado. En el refectorio, si advirtiera que todas se ríen, reiría con ellas; pero si hubiera una docena que no riesen, no me preocuparía por contribuir a la alegría de las otras.

Siempre hay algo que decir sobre el tema de las antipatías, aunque no para detenernos mucho, puesto que ya hemos hablado de esto otras veces. No hay que extrañarse si no reírnos de tan buen grado como si no sintiéramos antipatía, ni tampoco cuando nos sentimos mal. En esas dos

ocasiones, con tal de sonreír un poco y no tener aire malhumorado cuando nos hablen, basta, ya que cuando la pasión es fuerte, es muy difícil poner buena cara a los que tenemos antipatía o cuando el dolor nos abruma. Esto lo hemos dicho muchas veces. Por eso basta con saber que hay que avanzar por el camino de nuestra perfección según la parte superior y no preocuparnos por los sentimientos de la inferior. Si actuásemos de otro modo, viviríamos perpetuamente tristes o inquietas y no avanzaríamos gran cosa. Hay que dejar que la parte inferior proteste, pero no seguir sus caprichos, antes hacer que domine siempre la razón, que desea nos venzamos en todas las ocasiones para agradar a Dios y cumplir el punto de nuestras Reglas donde se dice que debemos amarnos cordialmente.

Deseáis saber, querida hija, si podéis mostrar más afecto a una hermana que consideraréis más virtuosa que a otra. — A esto os respondo que, a los que son más virtuosos estamos obligados a amarlos más con amor de complacencia, pero no con amor de benevolencia, ni tampoco les debemos más demostraciones de amistad. Y esto por dos razones: la primera es que nuestro Señor no lo hizo, incluso parece que amó más a los imperfectos que a los otros, puesto que dijo que no había venido para los justos sino para los pecadores (Mt 9,13). A los que tienen más necesidad de nosotros, les debemos ayudar y demostrar nuestro amor más particularmente, pues en esos casos es donde probamos que amamos por caridad, y no cuando amamos a los que nos dan más consuelo que pena. En esto hay que actuar según lo requiera la utilidad del prójimo. Pero fuera de estos casos, hay que procurar amar a todos igualmente, ya que nuestro Señor no ha dicho: Amad a los más virtuosos, sino Amaos unos a otros como Yo os he amado (Jn 13,34), sin excluir a nadie por imperfecto que sea.

La segunda razón por la cual no debemos dar más muestras de amistad a unos que a otros ni debemos amarlos más, es que no podemos juzgar quiénes son más perfectos y tienen más virtudes, pues las apariencias externas son engañosas y con frecuencia los que nos parecen más virtuosos no lo son delante de Dios, que es el único que puede conocerlos.

Puede suceder que una hermana a la que veáis tropezar con bastante frecuencia y cometer muchas imperfecciones, sea más virtuosa y agradable a Dios, o por la constancia que conserva en medio de sus imperfecciones sin turbarse ni inquietarse por ver sus caídas, o por la humildad y amor a su abyección que saca de ellas. Y habrá otra que tenga una docena de virtudes naturales o adquiridas y a la que le cueste menos dificultad y trabajo y, consecuentemente, quizá menos ánimos y humildad que a la otra, a la que se ve caer con frecuencia. San Pedro fue elegido por el Señor príncipe de los Apóstoles, aunque estuvo muy sujeto a muchas imperfecciones y a cada paso caía en ellas al seguir sus inclinaciones y gustos (antes de recibir el Espíritu Santo, pues a partir de entonces no digo nada). Pero, como a pesar de sus defectos, siempre tenía grandes ánimos y no se extrañaba de ellos, nuestro Señor lo escogió para sucederle y lo favoreció más que a los otros, de modo que nadie hubiera tenido motivo para decir que no merecía ser tan amado como Juan o los demás Apóstoles, o que no era tan virtuoso y agradable a Dios.

Así pues, debemos amar a nuestras hermanas con la mayor igualdad posible, tanto por la primera razón que hemos dado como por la segunda. Todas deben saber que las amamos con este amor del corazón y por tanto no hay necesidad de repetirles que las amamos sinceramente y que tenemos alguna inclinación a amarlas particularmente y cosas semejantes, ya que por tener más simpatía por una que por las otras nuestro amar no es más perfecto, sino quizás más sujeto a alterarse por la menor cosa que nos desagrade. Si bien es cierto que nos inclinamos a amar a una más que a otra, no debemos detenernos a pensar en ello y menos decírselo, puesto que no debemos amar al prójimo por simpatía, sino por ser virtuoso o porque esperamos el serlo.

Para demostrar que lo amamos vivamente debemos procurarle todo el bien corporal y espiritual que podamos, rogando por él y ayudándole cordialmente cuando se presente la ocasión, pues la amistad que se limite a buenas palabras vale poco, y no es amar como nuestro Señor nos ha amado, es decir, no contentándose con decir que nos amaba, sino yendo mucho más allá y haciendo todo lo que hizo para mostrarnos su amor.

Debo decir también que con el amor cordial está ligada una virtud que es como su prolongación, y es una confianza infantil. Los niños cuando tienen una pluma o cualquier cosa que le parece bonita no paran hasta ver a todos sus compañeros y enseñarles su pluma para que compartan su alegría. De igual modo quieren que compartan su dolor y cuando les duele un poco un dedo, o les ha picado una abeja, se lo dicen a todos los que ven para que los compadezcan y sople un poco donde sienten daño.

No quiero decir que haya que ser enteramente como los niños; lo que digo es que esa confianza debe hacer que las hermanas no sean tan avaras que no comuniquen sus pequeños bienes y consuelen a sus hermanas, ni tampoco que no quieran que éstas adviertan sus imperfecciones. Sé muy bien que si se tuviera algo extraordinario como oración de quietud o qué sé yo, no habría que ufanarse por eso, pero en lo referente a nuestros pequeños consuelos y bienes, quisiera que no se guardara tanta reserva, sino que, cuando se presentase la ocasión, hablaran franca y sencillamente unas con otras, no jactándose ni envaneciéndose, sino con sencilla confianza de niños.

Y en cuanto a nuestros defectos, no nos preocupemos tanto por encubrirlos pues no son mejores por no dejarlos ver por fuera; las Hermanas no creerán que no tenéis imperfecciones, sino que quizás sean peores y más peligrosas que si se notaran y os avergonzaran apareciendo al exterior.

No debemos extrañarnos ni desanimarnos por cometer imperfecciones y faltas delante de nuestras Hermanas. Al contrario, debemos estar contentas de que nos conozcan tal como somos. He hecho una lata o una tontería, es verdad, pero ha sido delante de mis Hermanas que me aman mucho y por tanto sabrán soportar mi defecto y me tendrán más lástima que antipatía. Si obráis así, esa confianza acrecentará la cordialidad y tranquilidad de nuestro ánimo que suelen perturbarse cuando ven que fallamos en algo por pequeño que sea, como el fuera una maravilla el vernos imperfectas.

En fin, como conclusión de estas palabras sobre la cordialidad, hay que recordar siempre que por una pequeña falta de dulzura que se comete a veces por inadvertencia, no hay que enfadarse ni pensar que se carece de cordialidad pues no se pierde por ella. Un acto por aquí o por allá, con tal de que no sea frecuente, no hace vicioso al hombre sobre todo cuando se tiene deseo de corregirse.

Los cinco grados de humildad

El primer grado de humildad es el conocimiento de sí mismo cuando por el testimonio de nuestra propia conciencia y por la luz que Dios nos da conocemos que sólo somos pobreza, miseria y abyección. Pero si esta humildad no va más allá, no es gran cosa y es muy común, ya que hay pocas personas tan ciegas que no conozcan con claridad su bajeza por poco que reflexionen. Sin embargo, si bien se ven obligados a reconocerse como son, se enojarían extraordinariamente de que otra persona los considerara tales. Por esto no hay que contentarse con eso, sino pasar al segundo grado que es el reconocimiento, pues hay diferencia entre conocer una cosa y reconocerla. ▯

El reconocimiento consiste en decir y publicar, cuando sea necesario, lo que conocemos de nosotros. Pero hay que decirlo, claro está, con un verdadero sentimiento de nuestra nada, pues hay infinidad de personas que lo único que hacen es humillarse de palabra. Hablad a la mujer más vanidosa del mundo o a un cortesano del mismo estilo y decidles: «Dios mío, qué maravilloso sois, cuántas cualidades tenéis. No conozco nada parecido a vuestra perfección». « ¡Jesús! -os responderán- disculpadme, yo no valgo nada, soy la miseria y la imperfección personificada». Sin embargo, están encantados oyéndose alabar y más aún si pensáis como habláis. Ved pues, cómo esas palabras de humildad son superficiales, porque si las tomáis a la letra, se ofenderían y querrían que inmediatamente les ofrecierais una reparación. ¡Dios nos libre de esos humildes!

El tercer grado es reconocer y confesar nuestra miseria y abyección cuando los demás la descubren, pues frecuentemente decimos, incluso sintiéndolo, que somos malos y miserables, pero no nos agrada que otro se anticipara a declararlo. Y, si lo hace, no sólo nos desagrada, sino que nos enfadamos, prueba de que nuestra humildad no es perfecta ni auténtica. Así pues, hay que ser sinceros y decir: «Tenéis razón; me conocéis perfectamente». Este grado de humildad ya es muy bueno.

El cuarto es amar el menosprecio y alegrarse cuando nos rebajan y humillan, pues ¿qué importa engañar a los otros? No es razonable. Puesto que sabemos que no somos nada, debemos estar contentos de que lo piensen, lo digan y nos traten como a viles y miserables.

El quinto, que es el último y más perfecto de todos los grados de humildad, es no sólo amar el desprecio sino desearlo, buscarlo y complacerse en él por amor de Dios. ¡Felices los que llegan a esto, pero su número es muy reducido!

¡Ojalá nuestro Señor lo quiera aumentar con 25 o 30 Hermanas que le están consagradas en esta pequeña Congregación! Así sea

***Compilación de lo que nuestro Bienaventurado Padre dijo a nuestra Hermana
Claudia Simpliciana religiosa en nuestro Monasterio de Annecy***

Querida hija, decís que haríais lo que yo si estuviera en esa situación. ¿Qué sé yo lo que haría? No lo sé; ¿qué puedo saber de eso? No lo haría tan bien como vos, porque soy ruin y cobarde y no valgo nada, pero creo que con la gracia de Dios estaría tan atento a la práctica de las virtudes y menudas observancias que constan ahí, que con ese medio procuraría ganar el corazón de nuestro Señor. Guardaría bien el silencio y también hablaría a veces durante el silencio. Quiero decir, siempre que lo requiriese la caridad, pero no en otro caso. Hablaría siempre en voz baja y suavemente, poniendo en esto una particular atención porque lo mandan las Constituciones. Sí, me parece que lo haría así. Abriría y cerraría las puertas suavemente, porque así lo ha ordenado nuestra Madre y queremos hacer bien todo lo que sabemos que quiere se haga. Llevaría los ojos bajos en casa y andaría suavemente. Querida hija, Dios y sus ángeles nos miran siempre y aman vivamente a los que se comportan bien.

Me parece que si me hubiera dado así, de una vez por todas, a nuestro Señor, tal como hacemos en nuestra Profesión, le dejaría todo el cuidado de mí mismo y de todo lo que a mí se refiere, le dejaría hacer de mí todo lo que quisieran, al menos así me lo parece. Si me emplearan en algo o me dieran un cargo, lo amaría y procuraría hacerlo bien; y si no me lo dieran y me dejaran de lado, no me preocuparía de nada más que de obedecer y amar a nuestro Señor. Creo que lo amaría con todo mi corazón. Dondequiera que me encontrase pondría el mayor empeño posible en observar bien las Reglas y las Constituciones. Debemos hacerlo lo mejor que podamos, porque ahora los dos somos religiosos ¿no es cierto? Estoy muy contento de que haya una Hermana Claudia Simpliciana, porque la quiero con todo mi corazón. Quiere ocupar mi lugar y progresar continuamente. ¿No queremos los dos obrar bien? Procuremos hacerlo lo mejor que podamos.

Para obrar bien ocupémonos en mortificar bien nuestros sentimientos e inclinaciones, realmente y en serio, porque no tenemos nada que nos impida hacerlo, ya que nada debe impedimos hacer bien lo que está indicado en nuestras Constituciones. Con la gracia de Dios podemos y debemos hacerlo. Nunca debemos extrañarnos ni desanimarnos por nuestras faltas: siempre las haremos; Dios lo permite para hacernos practicar la humildad: por nosotros mismos no podemos hacer otra cosa.

Me parece que si yo estuviera ahí dentro, sería muy alegre, porque estaría muy contento de tener señalados todos mis deberes. Creo que nunca me inquietaría y pienso que esto lo haría bien, porque yo ahora no me inquieto nunca. Me humillaría al hacer los actos de virtud e incluso de humildad, según los casos, y si no supiera humillarme, me humillaría de no saberlo. Y siempre procuraría hacer lo mejor que pudiera todas mis obras en la presencia de Dios, con la mayor humildad y amor posible pues así aprendemos a hacerlo así ¿no es cierto? ¿Y qué tenemos que hacer sino eso? Nada. Creo que me mantendría bien bajo y pequeño en comparación de los otros. Tuvimos el valor de dejar lo que teníamos en el mundo, pero hace falta mayor valor para dejarnos a nosotros mismos. Es bien poco lo que dejamos en el mundo, pero como era todo lo que podíamos tener, equivale a dejar todo. Ahora sólo tenemos que hacer lo que está determinado para nosotros. Comencemos todos los días a obrar mejor.

Leería con frecuencia el capítulo que trata de la Humildad y la Modestia; ¿lo leéis vos frecuentemente? ¿A veces? Aprovecharemos mucho, lo sé bien, y el Señor nos ayudará. Obremos bien; tenemos ánimos para ello.

¡Dios sea bendito!

Conversación de nuestro Bienaventurado Padre, llena de hermosas y admirables observaciones

La obediencia exacta en las cosas difíciles, la humildad profunda en los desprecios y una invencible paciencia en los sufrimientos son las tres virtudes y piedras de toque en las que se prueba la caridad.

Meditaré como la paloma y mis miradas se bajarán al contemplar el cielo (Is 28,14) porque la paloma al comer los granos que amontona suele levantar sus ojos al cielo. Por eso los ojos de la Esposa se comparan a los de la paloma (Ct 1,15), para dar a entender que las esposas de Jesucristo meditando, comiendo y trabajando deben elevar frecuentemente sus ojos al cielo donde esta su Amado.

El alma devota debe permanecer constantemente al pie de la cruz de nuestro Señor porque se alcanza más de Dios por el calvario de la humildad y reverencia, y no hay que andar excesivamente por el camino de la confianza, no vaya a ocurrirnos como a la Esposa que rogó a su Amigo le mostrase el lugar donde descansaba al mediodía. Le respondió que reconociera lo que era, porque si no lo reconocía, no permanecería con ella.

La rosa representa el amor y la caridad; tiene sus hojas encarnadas, en forma de corazones: así deben ser todas las obras de las esposas de Jesucristo, teniendo tantos corazones como hojas y tantas hojas como corazones, es decir, corazones llenos de amor; y hojas por la escasa estima en que deben tener todo lo que hacen. La rosa tiene también otra propiedad y es que con su suave aroma mata a todos los caracoles que vienen en torno de su rosal, y así el alma devota que debe ser una rosa ante Dios, debe expulsar y matar a todos los bichos que vienen alrededor de su corazón, es decir, la frialdad y la tibieza que le impiden correr en el camino de Dios. La rosa crece entre las espinas; igualmente la virtudes más excelentes y sólidas crecen y se mantienen en medio de las mayores contradicciones. A medida que nos abajamos por la humildad, crecemos en virtud, y no más.

Hay que considerar a los superiores como oráculos venidos del cielo y, por así decir, los debemos honrar más que a los ángeles porque nos representan a la persona de nuestro Señor, que mediante ellos nos indica su voluntad y agrado.

Será feliz el alma que en la hora de su muerte pueda decir con verdad a imitación de nuestro Señor: Todo está cumplido (Jn 19,30), he hecho todo lo que he podido para progresar en el servicio de Dios.

Todo hombre que piensa ser algo es mentiroso, dice David (Sal 116,11) porque en verdad no es nada. El que reúne y amontona virtudes sin humildad, se parece al que lleva en sus manos polvo expuesto al viento.

Hay que conservar nuestros corazones puros y limpios como un templo sagrado en el que reside Dios y todos los días y a todas horas hay que tener la podadera en la mano para cortar y quitar las inutilidades que surgen en torno a nuestro corazón, que es como la tierra que necesita ser continuamente escardada y limpiada. Hay que estar resuelto a morir mil veces antes que ofender conscientemente a Dios. Debemos desear estar libres de nuestras imperfecciones sólo porque desagradan a Dios, porque es bueno, para mantenernos en humildad y abandono, que se haga su voluntad, quitándonoslas o dejándonoslas con tal de que en ellas sea glorificado.

No hay que humillarse para ser ensalzado, sino porque Dios se humilló. Estamos en la vida religiosa solamente para conservar siempre en nosotros la imagen y semejanza de Dios sin interrupción, y el medio de hacerlo es estar continuamente en su presencia y realizar nuestras obras según el modelo de las suyas. Las almas dichosas que están en el cielo se deleitan sobre todo en hablar de la muerte y pasión de nuestro Señor, por las cuales han conseguido la gloria que disfrutaban. Dios no retrasa nunca su misericordia cuando encuentra confianza y diligencia; para obedecer perfectamente hay que haber mortificado el juicio propio.

El fin de nuestra oración sólo debe ser unirnos a Dios. Para hacerla bien se requieren tres condiciones: la primera es la intención; la segunda, la atención y la tercera la reverencia. Y además

se necesitan otras tres cosas, a saber: ser pobre por la humildad, rico en esperanza y estar injertado en el árbol de la cruz con nuestro Señor. En una palabra, siempre debemos pedir en la oración que Él acreciente en nosotros la fe, la esperanza y la caridad.

Nunca hay que valorarse de acuerdo con los juicios humanos. Los pensamientos inútiles mantenidos voluntariamente son perniciosos.

Cuando cometemos faltas, no debemos desanimarnos por ellas, pues eso proviene sólo del amor propio; al contrario, nuestras imperfecciones deben servirnos de escala para subir al cielo.

Hay que decir como David cuando los enemigos conquistaron una ciudad suya: « ¡Ánimo! yo quiero conquistarles diez a ellos».

La virtud de la mujer es tanto más excelente cuanto que su sexo parece ser débil y frágil. Cuando hemos oído la palabra de Dios, debemos procurar no ser como el cesto que se saca del agua.

Hay que hacerse a la idea de ser imperfecta toda la vida y combatir todas las imperfecciones sin exceptuar ninguna y decidirse además a comenzar todos los días sin dejar uno solo. Una de las mayores gracias que podemos recibir de nuestro Señor es el conocimiento de lo que somos, por cualquier camino que nos venga.

La mejor preparación para celebrar bien las fiestas es hacer bien lo que hacemos.

El que se ha consagrado al servicio de Dios debe estimar en mucho su vocación y prepararse para combatir y sufrir todas las contradicciones y dificultades que se presenten en el camino.

Reconocerse miserable no es humildad, sino simplemente no ser estúpido; si es humildad, querer y desear que nos consideren y nos traten como tales. No se debe desear llegar a la perfección en un momento, hay que ir por el camino común y ordinario que es el más seguro.

Es mejor para nosotros estar en el Calvario con nuestro Señor crucificado, que en el Tabor donde se transfiguró. Cuando hemos oído la voz del Padre que dice «Este es mi Hijo muy amado: escuchadle» (Mt 17,5), hay que poner en práctica lo que nos dice. Después de la transfiguración los Apóstoles no vieron más que a Él (Mt 17,8); nosotros en todo lo que hacemos sólo debemos ver a nuestro Señor.

Cuando estamos en presencia de Dios debemos atender a dos cosas: a Él y a lo que hacemos.

Hay que procurar hacer actos buenos y fervorosos, porque uno de estos vale más que diez de los otros. Pero no debemos desear ir por un camino diferente de aquél por el que Dios quiere llevarnos, ya sea a pie, ya sea en barco; hay que tener la resolución de ser fieles en las ocasiones, porque somos gigantes para pecar y enanos para obrar bien. David cayó en la cuenta de su pecado cuando el profeta Natán se lo contó con nombre ajeno (2 Sam 12). San Bernardo decía: «cuanto más atentamente me examino, más defectos encuentro en mi conciencia». Y san Pablo: «Aunque mi conciencia no me remuerde de nada, no por eso soy justo»; y Job: «Si soy bueno y justo, mi alma no puede saberlo» (Job 10,15). Nunca debemos pensar que hemos hecho algo bien, aunque lo hayamos hecho con toda la perfección posible, porque no sabemos cómo lo juzga Dios; la voluntad propia no vale nada ante Él. Dice san Bernardo que no hay nada tan eficaz para merecer, recibir y conservar la gracia de Dios como mantenerse ante Él siempre humilde y temeroso « ¿En quién pondré mis ojos, dice Dios, sino en el abatido y humilde?» (Sal 138,6).

Las mortificaciones que no están sazonadas a nuestro gusto son las mejores y más excelentes; también las que se encuentran por las calles sin pensarlas ni buscarlas y las de todos los días aunque sean pequeñas.

Es mejor y más seguro establecer el reino de las virtudes en guerra que en paz, aunque no hay que desear la paz ni la guerra; pero si se dejara a nuestra elección, habría que escoger la guerra, porque podríamos dar en ella mayor testimonio de nuestra fidelidad. Hay que escuchar la palabra de Dios con intención, atención y obediencia. La palabra de Dios es un encargo; los predicadores están encargados de ella antes de anunciarla y los oyentes, después de haberla oído.

Hay que arrojar nuestros vestidos, es decir nuestras costumbres, a los pies de nuestro Señor para decir ¡Viva el Rey!

Nuestro Señor ama tanto la humildad que se arriesga a que perdamos todas las otras virtudes para conservar ésta. Ha permitido por su Providencia que muchos hayan perdido la castidad. El compendio de todas las virtudes es estar basados en un profundo temor de Dios, que sólo al oír la palabra «pecado» nos haga temblar. El que se reconozca inclinado a cometer un pecado, por pequeño que sea, considérese desdichado y ciego, aunque tenga todas las señales de santidad que hay en el mundo. Hay herejes en la caridad como los hay en la fe: son los que quieren cumplir algunos de los mandamientos, pero no todos. Ni estos herejes ni aquéllos se salvarán

Es necesario que las Hijas de la Visitación se consideren novicias, recibiendo con humildad todos los avisos que hacen alcanzar la perfección lo antes posible. Estamos obligados con una particular obligación a perfeccionarnos y a darnos a Dios sin ninguna reserva, y cuando nos sentimos pobres y sin virtud, más aún debemos aspirar a obrar bien. Nuestros propósitos son sólo seres malogrados si no los ponemos en práctica. Debemos dolernos de nuestros pecados continuamente y en todo tiempo porque han ofendido a Dios, que es eternamente bueno.

Quien quiere corresponder fielmente a las inspiraciones debe tener un corazón dócil y sumiso, no pidiendo dilaciones.

La causa por la que no aprovechamos con la práctica frecuente de los sacramentos es que no nos acercamos a ellos con un corazón vacío y despojado, y después de recibirlos, volvemos a sumergirnos en nuestras miserias.

Tenemos que reconocer nuestra nada, pero no quedarnos en esto, pues sólo nos humillamos para unirnos a nuestro todo, que es Dios. No hay que despojarse para quedarse desnudo, sino para revestirnos de Dios.

La oración de quien reza sin atención es infructuosa. Hay que ir al Oficio divino con un corazón angélico y divino puesto que hacemos aquí abajo lo que los ángeles hacen en el cielo. Hay que estar muy atentas para hacer bien todas nuestras plegarias y oraciones, no superficialmente y para cumplir.

La verdadera sencillez consiste en mantener la memoria, el entendimiento y la voluntad vacíos de todo menos de Dios. Para adquirir las virtudes verdaderas y sólidas tenemos que mirar solamente a nuestro Señor.

No hay nada que desagrade tanto a Dios como la negligencia; por eso dice que vomitará a los tibios (Ap 3,16). Son tibios los que proceden lenta y rutinariamente en el servicio de Dios diciendo: «Bueno, sigamos; con tal de que algún día lleguemos a la perfección, basta». Tenemos que trabajar con ardor pues en la casa del justo no hay pereza.

Sobre la generosidad

Para comprender bien qué es y en qué consiste la fuerza y generosidad de espíritu sobre la que me habéis preguntado, es necesario que responda antes a una pregunta que se me ha hecho muchas veces, a saber, en qué consiste la perfecta humildad, porque al resolver ese punto me haré comprender mejor cuando os hable del segundo, que es el que vosotras deseáis saber ahora: en qué consiste la fuerza y generosidad de espíritu que hay que tener para ser hija de la Visitación.

La humildad no es otra cosa que un conocimiento perfecto de que somos una pura nada y que nos hace estimarnos como tales. Para comprenderlo mejor, debemos saber que hay en nosotros dos clases de bienes: unos son nuestros y están en nosotros y los otros están en nosotros, pero no son nuestros. Cuando digo que tenemos unos bienes que son nuestros, no quiero decir que no vienen de Dios y que los tenemos de nosotros mismos, pues, en verdad, de nosotros no tenemos más que miseria y nada. Quiero decir que son bienes que Dios ha puesto de tal modo en nosotros que parecen nuestros, como son la salud, las riquezas, los conocimientos que hemos adquirido, la hermosura y cosas parecidas.

Ahora bien, la humildad nos impide ufanarnos y estimarnos por esos bienes que acabamos de nombrar, pues los considera como si fueran nada y, en efecto, así debe hacerse razonablemente, puesto que no son bienes estables, ni nos hacen más gratos a Dios y deben considerarse como pasajeros y sujetos a la fortuna. ¿Hay algo menos seguro que las riquezas, que dependen del tiempo y de las estaciones? La belleza se deslucen en menos de nada, basta una enfermedad de la piel para que desaparezca su brillo, y por lo que se refiere al saber, un pequeño trastorno cerebral nos hace perder y olvidar todo lo que sabíamos. Por tanto es muy razonable que la humildad no estime esos bienes. Ahora bien, cuanto más la humildad nos hace abajarnos y humillarnos mediante el conocimiento y reconocimiento de lo que somos por nosotros mismos, o sea, una nada, y mediante la poca estima que tiene hacia lo está en nosotros y es de nosotros, tanto más hace que seamos sumamente estimados, a causa de los bienes que están en nosotros, pero no son de nosotros, como son la fe, la esperanza y el poco amor que tenemos, así como cierta capacidad que Dios nos ha dado de unirnos a Él por medio de la gracia; y entre nosotros, a causa de nuestra vocación, que nos da la seguridad, en cuanto es posible en esta vida, de la posesión de la gloria y felicidad eterna. Y esa estima que tiene la humildad de estos bienes, a saber, la fe, la esperanza y la caridad, es el fundamento de la generosidad de espíritu.

Mirad, esos primeros bienes de los que hemos hablado pertenecen a la humildad por su ejercicio, y estos segundos, a la generosidad. La humildad cree que no puede nada, basándose en el conocimiento de nuestra pobreza y debilidad; y por el contrario, la generosidad nos hace decir con san Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4,13). La humildad nos hace desconfiar de nosotros mismos y la generosidad nos hace confiar en Dios. Estas dos virtudes - humildad y generosidad- están tan trabadas y unidas una con otra, que nunca se han separado ni pueden separarse. Hay algunos que pierden el tiempo en cierta humildad falsa y necia que les impide fijarse en lo que hay de bueno en ellos. Es un gran error, porque los bienes que Dios pone en nosotros piden ser reconocidos, estimados y honrados, y no colocados al mismo nivel que la baja estima en que debemos tener los bienes que están en nosotros y son de nosotros. No sólo los verdaderos cristianos han reconocido que hay que considerar esas dos clases de bienes que hay en nosotros, los unos para humillarnos y los otros para glorificar a la divina Bondad que nos los ha dado; también los filósofos han opinado lo mismo, pues esas palabras que dicen: «Conócete a ti mismo» deben interpretarse no sólo como si se refirieran a nuestra ruindad y miseria, sino también a la excelencia y dignidad de nuestras almas, que son capaces de estar unidas a Dios por la divina Bondad, la cual ha puesto en nosotros un cierto instinto que nos hace siempre desear y tender a esa unión en la que consiste toda nuestra felicidad.

La humildad que no trae consigo generosidad es indudablemente falsa. Después de decir: «no puedo nada, sólo soy una pura nada», cede el sitio a la generosidad que dice: «No hay ni puede

haber nada que yo no pueda, puesto que pongo toda mi confianza en Dios que todo lo puede». Y con esta confianza empieza hacer animosamente todo lo que le mandan o aconsejan, por difícil que sea. Como piensa que ni siquiera hacer milagros le es imposible si se lo mandan, puedo asegurarnos que, si procura hacerlo con sencillez de corazón, Dios los hará y no dejará de darle el poder de realizar su obra, puesto que la emprende, no confiada en sus propias fuerzas, sino en la estima en que tiene los dones que Dios le ha hecho. Se dice a sí misma: «Si Dios me ha llamado a tan alto grado de perfección que no hay otro más elevado en esta vida ¿qué me va a impedir alcanzarlo, puesto que estoy segura de que Aquel que ha comenzado la obra de mi perfección la llevará a cumplimiento? (Flp 1,6). Pero tened cuidado de que todo esto se haga sin presunción ninguna, porque esa confianza no se opone a que estemos alerta por temor a errar: al contrario, nos hace más atentas, más vigilantes y cuidadosas en hacer lo que puede servirnos para progresar en nuestra perfección.

La humildad no consiste solamente en desconfiar de nosotros, sino también en confiar en Dios; la desconfianza en nosotros y en nuestras propias fuerzas produce la confianza en Dios y de ésta nace la generosidad de espíritu de la que tratamos. La Santísima Virgen Nuestra Señora nos dio un notable ejemplo de esto cuando pronunció las palabras: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Al llamarse esclava del Señor hace el mayor acto de humildad que puede hacerse, porque a las alabanzas que el ángel le tributa —que será madre de Dios, que el niño que saldrá de su seno será llamado Hijo del Altísimo (Lc 1,32), la dignidad más excelsa que puede pensarse—, Ella contrapone a todas esas alabanzas y grandezas, su bajeza y su indignidad, diciendo que es esclava del Señor. Pero fijaos que, enseguida, después de humillarse, hace un maravilloso acto de generosidad diciendo: «Hágase en mí según tu palabra». «Es verdad —quería decir— que yo no merezco en modo alguno esa gracia por lo que soy de mí misma, pero, como lo que hay de bueno en mí es de Dios, y porque lo que me decía es su santísima voluntad, creo que puede hacerse y se hará». Y así, sin la menor duda, añade: «Hágase en mí según tu palabra».

Hacemos pocos actos de contrición debido a que, después de habernos humillado y confundido ante la divina Majestad considerando nuestras grandes infidelidades, no hacemos ese acto de confianza animándonos con la seguridad que debemos tener de que la divina Bondad nos dará su gracia para ser fieles en adelante y corresponder más perfectamente a su amor.

Después de este acto de confianza deberíamos hacer inmediatamente el de generosidad diciendo: «puesto que estoy completamente segura de que la gracia de Dios no me faltará, quiero creer también que no permitirá que yo deje de corresponder a la gracia». Puede replicarse: Si yo falto a la gracia, ella me faltará. Es verdad. Y si es así ¿quién puede asegurarme que en adelante no faltará a la gracia puesto que en el pasado he faltado tantas veces?

La generosidad hace que el alma se atreva a decir sin temor: «No, no seré ya infiel a Dios», porque no advierte en su corazón ningún deseo de serlo y por tanto se entrega sin ningún temor a todo lo que sabe que puede hacerla más grata a Dios, sin exceptuar nada y obrando así cree que puede todo, no por sí misma, sino por Dios, en el que pone toda su confianza y por el cual hace y emprende todo lo que le mandan o aconsejan.

Me preguntáis si no se puede pensar nunca que no seremos capaces de hacer las cosas que nos mandan. Os respondo que la generosidad de espíritu no permite que lo dudemos. Pero quiero que entendáis esto como acostumbro a deciros siempre: que hay que distinguir la parte superior de nuestra alma de la inferior. De modo que cuando digo que la generosidad no nos permite dudar, me refiero a la parte superior, ya que puede ocurrir que la inferior esté llena de dudas y que le cueste mucho aceptar la tarea que le encargan. Pero el alma generosa se ríe de todo eso y no hace ningún caso, sino que sencillamente se pone a realizar esa tarea sin decir una sola palabra ni hacer nada para mostrar el sentimiento que tiene de su incapacidad.

Nosotros, sin embargo, estamos muy contentos de demostrar que somos muy humildes y que tenemos una baja estima de nosotros mismos y cosas parecidas, que no tienen nada que ver con

la verdadera humildad, que no nos permite nunca oponernos el parecer de los que Dios nos ha dado para dirigirnos.

A este propósito he citado un ejemplo muy notable en el libro de la Introducción del rey Ajaz (Is 7,3-12). Cuando estaba muy afligido por la terrible guerra que le hacían otros dos reyes que habían sitiado Jerusalén, Dios ordenó al profeta Isaías que fuese a animarlo de su parte y a prometerle que ganaría la victoria y quedaría triunfante de sus enemigos. Isaías le dijo que, como prueba de la verdad de lo que decía, pidiese a Dios una señal en el cielo o en la tierra, que Él se la daría. Entonces Ajaz, desconfiando de la bondad y liberalidad de Dios dijo: «No, no lo haré porque no quiero tentar a Dios». Pero el miserable no decía esto para honrar a Dios, sino al contrario, para no honrarlo porque Dios quería ser glorificado entonces con unos milagros y Ajaz rehusaba pedirle uno que deseaba hacer. Ofendió a Dios negándose a obedecer al profeta que le había enviado para declararle su voluntad.

Así pues, nunca debemos dudar de que podemos hacer lo que nos mandan puesto que los que nos mandan conocen nuestra capacidad. Me decís que posiblemente tenéis mucha miseria interior y grandes imperfecciones que vuestros superiores no conocen y que ellos se fundan sólo en las apariencias externas, que probablemente los tienen engañados. Os respondo que no hay que creer siempre, quizá por estar desalentadas, que sois tan miserables y llenas de tantas imperfecciones, como tampoco hay que creer que no las tenéis cuando no decís nada de ellas: en general, sois como vuestras obras os hacen aparecer. Vuestras virtudes se conocen por la fidelidad que tengáis en practicarlas y las imperfecciones igualmente se conocen por las obras. Cuando se siente que no hay malicia en el corazón, no se puede engañar a los superiores.

Podrías decirme que muchos santos han opuesto gran resistencia a adoptar los cargos que querían darles. Lo que ellos han hecho no ha sido a causa de la baja estima que tenían de sí, sino sobre todo porque veían que los que querían confiarles esos cargos se fundaban en virtudes aparentes, como son los ayunos, las limosnas, las penitencias y asperezas del cuerpo, y no en las verdaderas virtudes interiores que tenían ocultas y encubiertas por la santa humildad; estaban acosados y solicitados por multitudes que sólo los conocían por su fama. Creo que sería lícito oponer un poco de resistencia, pero ¿sabéis quién? Una Hermana de Lyon, por ejemplo, a la que una Superiora de Annecy enviara la orden de ser Superiora sin haberla visto ni tratado nunca. Pero una Hermana de casa a la que se le ordenara eso mismo, nunca debería aportar razones para mostrar que le desagradaba la orden (me refiero siempre a la parte superior), sino que debería comenzar a ejercer su cargo con la misma paz y ánimos que si se sintiera muy capaz de desempeñarlo. Pero comprendo bien la sutileza: es que tememos no quedar bien, tenemos tan gran estima de nuestra reputación que no queremos nos consideren aprendices en el ejercicio de nuestros cargos, sino como maestras que no cometen errores.

Comprendéis bien en qué consiste ese espíritu de fortaleza y generosidad que tanto deseamos que exista en casa, para desterrar de ella todas las necedades tontas y lloronas que sólo sirven para detenernos en nuestro camino e impedirnos avanzar en la perfección. Esas sensiblerías se alimentan de las reflexiones inútiles que hacemos sobre nosotros mismos, sobre todo cuando hemos tropezado en nuestro camino por alguna falta, pero aquí, por la gracia de Dios, no se cae nunca del todo, hasta ahora no lo hemos visto, pero sí tropezamos. Y entonces, en vez de humillarnos con dulzura y levantarnos de nuevo animosamente, como hemos dicho, empezamos a considerar nuestra pobreza y a compadecernos de nosotros mismos diciendo: «Dios mío, ¡qué miserable soy, no sirvo para nada!» Y luego pasamos al desaliento que nos lleva a decir: «No, no hay que esperar ya nada de mí, nunca haré nada que valga la pena, es perder el tiempo hablarme de eso» y casi queríamos que nos dejaran pensando que nunca conseguirán nada de nosotros. ¡Dios mío, qué lejos están todas sean cosas del alma que es generosa y, como hemos dicho, estima mucho los bienes que Dios ha puesto en ella! Esta no se inquieta ni por la dificultad de lo que tiene que hacer, ni por la importancia de la obra, ni por el largo tiempo que hay que emplear, ni por la lentitud que advierte en acabar la obra que ha emprendido.

Todas las hijas de la Visitación están llamadas a gran perfección, su empresa es la más noble y elevada que pueda pensarse, tanto más que no sólo aspiran a unirse a la voluntad de Dios, como deben hacer todos los cristianos, sino que además aspiran a unirse a sus deseos e intenciones incluso antes de que les sean indicadas.

Y si hubiera algo imperfecto, si se pudiera encontrar un grado de mayor perfección que el de conformarse a la voluntad de Dios, a sus deseos e intenciones, ellas aspirarían a él sin la menor vacilación puesto que su vocación les obliga a esto. Por tanto la devoción de esta Casa debe ser valiente y generosa, como hemos dicho muchas veces.

Además de lo que hemos dicho acerca de esa generosidad, hay que añadir que el alma que la posee acepta igualmente las sequedades y los gustos de los consuelos, las turbaciones interiores, las tristezas, los agobios espirituales, por grande que todo esto pueda ser, así como los fervores y la tranquilidad de un espíritu lleno de paz y serenidad. Y esto porque considera que el que le ha dado los consuelos es el mismo que le da la aflicción movido por el mismo amor. El alma confiesa que éste es muy grande, porque mediante la aflicción interior y del espíritu quiere llevarla a una gran perfección, que es la renuncia de todos los consuelos en esta vida, y está muy segura de que el que la priva de ellos aquí, no la dejará sin ellos eternamente en el cielo.

Me decís que no se pueden hacer esas consideraciones en medio de estas grandes tinieblas, ya que os parece que no podéis decir a nuestro Señor ni una palabra. Tenéis ciertamente razón al decir que os parece, porque en verdad no es así. El sagrado Concilio de Trento ha determinado y estamos obligados a creer, que Dios y su gracia no nos abandonan nunca tanto, que no podamos recurrir a su Bondad y declarar que, a pesar de toda la turbación de nuestra alma, queremos ser enteramente suyos y no ofenderle.

Fijaos que todo esto se hace con la parte superior de nuestra alma, pero como la inferior no se da cuenta de nada y sigue afligida, eso es lo que nos turba y nos hace creernos muy desdichados y además empezamos a compadecernos de nosotros, como si fuera cosa muy digna de lástima el vernos sin consuelos. ¡Por amor de Dios! pensemos que nuestro Señor y Maestro quiso experimentar esas penas interiores en forma incomparable. Escuchad las palabras que dijo en la cruz: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27,46). Estaba reducido al último extremo, pues sólo la parte superior de su alma carecía de sufrimiento; por eso hablaba con tanta pena. Pero fijaos que habla a Dios para mostrarnos que no nos será imposible el hacerlo.

Queréis saber qué es mejor en esa situación: hablar a Dios de nuestra pena y sufrir, o hablarle de cualquier otra cosa. Os respondo que en esto como en toda clase de tentaciones, es mejor desviar nuestro espíritu de la turbación y de la pena hablando a Dios de otra cosa que no sea nuestra dolor, pues si lo hacemos, ciertamente será con un enternecimiento de nuestro corazón que no hará sino aumentarnos la pena, ya que nuestra naturaleza es tal, que no puede ver sus dolores sin tener gran compasión de ellos. Pero me decís que si no os fijáis, no os acordaréis luego para decirlo. ¿Y, qué, importa? Somos como los niños, a quienes les gusta ir a decir a su madre que les ha picado una avispa para que ella los compadezca y sople sobre el sitio dolorido, aunque ya no duele. Nosotros queremos ir a decir a nuestra Madre que hemos estado muy afligidas y acrecentamos nuestra aflicción contándole muy detalladamente, sin olvidar la más pequeña circunstancia, lo que nos pueda atraer su compasión. ¿No son ésas unas niñerías muy grandes? Si hemos cometido alguna infidelidad, está bien decirlo; si hemos sido fieles, también hay que decirlo, pero con brevedad, sin exagerar una cosa ni la otra, pues debemos decir todo a los que tienen el cargo de nuestras almas.

Decís ahora que, cuando habéis sentido algún gran movimiento de cólera o cualquier otra clase de tentación, tenéis siempre escrúpulo si no os confesáis. Hay que reconocerlo al examinaros, pero no como en confesión, sino para aprender cómo debéis comportaros en esas ocasiones. Digo esto, cuando no se ve claramente si hemos dado algún consentimiento, porque si vais a decir: «Me acuso de que durante dos días he tenido grandes sentimientos de cólera, pero no he consentido en ellos», estáis diciendo vuestras virtudes en vez de vuestros defectos. «Es que no sé si he cometido alguna falta». Hay que examinar bien si esa duda tiene algún fundamento: quizá

esos dos días habéis sido un poco negligentes para rechazar ese sentimiento durante un cuarto de hora. Si es así, decidlo con sencillez, que durante un cuarto de hora habéis sido negligente para rechazar un movimiento de cólera que habéis tenido, sin añadir que la tentación duró dos días, a no ser que queráis decirlo para instruiros con lo que os diga el confesor o para hablar de vuestro examen y entonces está muy bien decirlo. Pero en las confesiones ordinarias sería mejor no hablar de eso, porque lo hacéis sólo para desahogaros y, aunque os cueste no decirlo, debéis aceptarlo como cualquier otra pena que no pudierais remediar.

¡VIVA JESÚS
LA GLORIOSA VIRGEN NUESTRA SEÑORA
Y EL GLORIOSO SAN JOSÉ!

Lo que nos dijo nuestro santo Fundador en su último viaje a París al despedirse, en presencia de uno de sus hermanos y de otra persona amiga

Esto sucedió en nuestro locutorio de la casa del Petit-Bourbon. Citamos a continuación sus propias palabras recogidas por nuestra Hermana Ana María Bollain:

«Las Hijas de la Visitación deben ser muy firmes en la fe, humildes en su trato, modestas en sus palabras, justas en sus juicios sobre los fallos del prójimo, ecuanímes en sus actos, misericordiosas en sus obras, ordenadas en sus costumbres, pacientes y animosas en las tribulaciones, dolencias enfermedades, sumisas a todos los designios y voluntades de Dios en todas las cosas dulces y condescendientes con el prójimo, celosas de la gloria de Dios, no buscando más que agradarle, unidas inseparablemente a su amor con una fidelidad inviolable para no adherirse más que a Él, permanecer en su presencia, preferirlo a todos con un amor exclusivo: este es el espíritu de vuestra Congregación, queridas hijas, y la herencia que os dejo al daros el último adiós, con mi deseo de que continuéis unidas para siempre».

*Compilación de las Preguntas
que se hicieron en nuestro Monasterio de Lyon a nuestro Bienaventurado Padre*

La primera vez que vino nos habló casi hora y media de la tranquilidad de espíritu con sentimiento de devoción y nos dijo muchas veces que no teníamos que preocuparnos por nada, ni perder la paz del corazón por nada que nos ocurriese. Que él prefería estar alojado en el rincón de un cuarto, con paz, a estar en la Corte en medio del ajetreo de los honores y riquezas y por eso quiso alojarse en el cuarto del señor Brun, nuestro confesor. Le dijimos una y otra vez que estaría muy incómodo, pero respondió que no, que estaría mejor de lo que merecía y además, cerca de sus queridas Hijas. Y como insistíamos en la incomodidad, nos dijo: «Estoy demasiado bien, no os preocupéis, conservad la paz del corazón». Y con gran humildad y dulzura añadió: «estoy viendo que queréis deshaceros de mí, pero os ruego me permitáis quedarme aquí y no penséis que no voy a estar bien porque la verdad es que en Nessy ocupo una habitación diez veces más fría que ésta».

Seguió hablándonos de la tranquilidad de espíritu y le dijimos: «Señor os suplicamos humildemente que tengáis una Conversación con nosotras y nos digáis cómo debemos comportarnos en la deposición de las Superiores. Me parece muy bien, respondió, pero hay que esperar a que nuestra Madre asista».

Habló largamente del desprendimiento que debemos tener en esos cambios: «todas las lágrimas que se derraman en ese tiempo no provienen más que de amor propio, de la adulación y del temor de que piensen que no somos bien inclinadas y no amamos bastante. Todo eso son pequeños disimulos donde puede haber mentira, igual que en nuestras palabras. Las jóvenes caen fácilmente en esos defectos, sobre todo cuando advierten que las superiores son afectuosas y les agrada que les demuestren cariño... Las mil lágrimas que se derraman en esas ocasiones, pocas son verdaderas y eso suele hacerse por imitación; en una palabra, eso es propio de jóvenes».

Le dijimos que muchas de nuestras Hermanas nos habían dicho en pleno recreo que muchas veces lloraban sólo por ver que las demás lo hacían. A esto replicó: «¿Es posible que hayan dicho eso? Se lo agradezco, pues es muy cierto que esos llantos y lágrimas son bastante sospechosos. En Italia son admirables en esto: alaban a unas personas para llorar, por así decir. Hay que tener un amor sólido que no dependa de esas sensiblerías; el verdadero amor ama tanto de lejos como de cerca, y no se apega a lo que es humano; en una palabra: no es la gracia la que origina todo eso que decís. Las jóvenes deben mirar a sus Superiores mientras ocupan el lugar de Dios, sin detenerse en tantos sentimientos humanos que no tienen nada de virtud verdadera. Aunque dicen que santa Teresa lloraba mucho cuando moría algún siervo de Dios, no hay que imitarla en eso por que de los santos sólo debemos imitar las virtudes».

Le preguntamos si no hay algún medio para que el espíritu de dulzura y sencillez que se practica entre nosotras se conserve y haya alguna relación entre nuestras casas; que muchas personas pensaban que una Madre General sería muy conveniente para esto. Respondió con extraordinaria firmeza: «Hija, ese pensamiento ha sido siempre humano; he pasado dos días y dos noches pensando, porque nuestra Madre me había escrito que le habían hablado de eso, pero yo no veo ninguna utilidad en ello». Y le dijimos: «¿Pues cuál es vuestra intención, Monseñor?». «Que se deje todo a la Providencia divina». Nos repitió estas palabras muchas veces y nos hizo saber abiertamente que no tenía otro plan. Sabemos que ha tratado de esta cuestión con los Rvdos. Padres Jesuitas, que han opinado lo mismo. De ello comentó que se había alegrado mucho, diciendo que los asuntos de Dios siempre encuentran dificultades para su realización.

Después nos dijo: «La suerte de una Orden no depende en absoluto de un jefe, eso se ve por la experiencia diaria, y las que los han tenido, aunque fueran excelentes, no han dejado de relajarse. Todo depende de la fidelidad en unirnos a Dios y de la fiel observancia de las Reglas y Constituciones, y por mucho que se busquen otros medios, solamente la fidelidad de cada una en

guardar sus Reglas mantendrá la compañía». Y dijo también que sólo hay que desear que Dios dé a nuestros monasterios espíritu de unión y de humildad. El de unión se conserva por la observancia perfecta para que ésta persevere según la voluntad de Dios.

Le preguntamos cómo había que comportarse en las cuestiones temporales, puesto que todo el mundo nos incita a aficionarnos y apegarnos a ellas y si quisiéramos alejarnos, todos nos llevarían la contraria objetándonos que hay monasterios bien contruidos y con buenas rentas y que el nuestro no es así. «Es verdad, hija, que el mundo teme la pobreza, pero qué le vamos a hacer. Hay que mostrar sencillamente que no queremos apegarnos a ellas ni perder la paz del alma por los bienes de este mundo». A este propósito, nos habían dicho que la casa de nuestro Príncipe Cardenal había ardido y que se han perdido seis mil escudos de vajilla de plata; y le dije que era una lástima, pues nos hubieran venido muy bien para construir nuestra iglesia. Mostrando su disgusto, me respondió: «Dios mío, hija, no deseéis esas cosas; hay pocas personas que sepan encontrar la vena de la verdadera pobreza que consiste en no desear nada, sino contentarse con eso poco que Dios quiere que tengamos. ¡Qué felices serían nuestras Hermanas si fueran pobres y tuvieran necesidad de algo!»

«El cuidado de las Superiores, su devoción y su espíritu deben suplir a todo lo que no está escrito. Excluir a las enfermas va totalmente contra mi intención y mi deseo. El que deje prevalecer la prudencia humana y natural destruirá la caridad». Dijo también: «Si llegara un día en que se pusieran dificultades para la entrada de enfermas en nuestras casas, volvería y haría gran estrépito en vuestros dormitorios para que supierais que ibais contra mi intención».

Le preguntamos si entraba en sus cálculos que las jóvenes con padres ricos les pidieran dinero cuando nuestras casas estuvieran en mala situación. Nos dijo que no, y que prefería que la casa fuera pobre y necesitase algo, antes que permitir a las jóvenes esos sentimientos que alimentan excesivamente su amor propio; no deberían pedir ni siquiera para la sacristía aunque fuese pobre. Que si daban algo, había que recibirlo humildemente, mas no pedir ni desear nada, a no ser en ocasiones raras y especiales; siempre es mejor permanecer en la pobreza.

Le preguntamos si una Superiora podría ayudar a una pariente suya, que fuese religiosa clarisa y le pidiese limosna. Dijo que sí, y que también se permita a una Hermana. Le dije que yo tenía con frecuencia escrúpulos y remordimiento de conciencia por no ser suficientemente firme en cuestiones temporales, temiendo que los padres no dieran más a sus hijas por mi culpa y que la Casa fuera pobre. Me dijo: «No os preocupéis por eso. Hay que privarse de los bienes no por desdén y desprecio sino por abnegación».

Después me dijo: «Nuestra Madre desea que escriba sobre las palabras del Hijo de Dios; yo las acato, las reverencio y las respeto con todo mi corazón, pero no las practico. El Hijo de Dios ha dicho: “No litigéis”; y si no lo hago, todo el mundo esta contra mí. El Hijo de Dios ha dicho: Al que te quite el manto, no le niegues la túnica (Mt 5,40; Lc 6,29); mas si quiero hacerlo así, me dicen que cometo un gran error, que no me quedará nada y que ya soy bastante pobre. El Hijo de Dios ha dicho: Si os hieren en una mejilla, presentad también la otra” (Mt 5,39; Lc 6,29); pero el mundo no lo admite, ni quiere soportar la menor injuria. El Hijo de Dios ha dicho: Bienaventurados los mansos (Mt 5,4); en cambio, quieren que me enfade y si no lo hago, lo atribuyen a necedad.

Le preguntamos si era su intención que se diese limosna en todas nuestras casas. Dijo que si, según las palabras del Hijo de Dios, pero que no se estaba seguro si son verdaderos pobres aquellos a quienes se da. Sin embargo, siempre está bien dar limosna.

Diciéndole si aprobaba que en nuestras casas se diese de comer a los confesores, respondió: «Si yo fuera confesor de Santa María, cosa que no merezco, (es verdad que no lo merezco; pero para mí, la mayor felicidad que pudiera esperar sería ser confesor de la Visitación y verme libre de todo lo demás), pero, si ocurriera, preferiría sustentarme como pudiera, antes que causar a las religiosas la molestia de prepararme la comida y hacerles ver mis imperfecciones cuando estuviera

molesto, desganado y algo exigente. ¿Por qué las siervas de Dios van a molestarse por mis achaques? ¿No vale cien veces más que permanezcan en su paz y tranquilidad, que estar empleadas en ese ajetreo? Mirad, Hijas, es muy importante no dar esa facilidad a los confesores: por uno que se contenta fácilmente, hay muchos que no, sobre todo por lo que toca a su alimentación. La virtud de la sobriedad es importante y pocas personas saben practicarla como es debido. Pero no quisiera que empezaseis por el que tenéis ahora: es tan bueno y complaciente que, a mi juicio, no hay dificultad con él. Puesto que ya habéis empezado a encargarnos de su alimentación, seguid, pero tened cuidado con otros. Preferiría que se le suba el sueldo.

«Es verdad, hija, que nunca tengo nada que objetar acerca de la comida, salvo que a veces es demasiado buena: ¿acaso no es lo que se ha de hacer? Teméis que a nuestras hermanas les parezca mal comer un primer plato hecho con restos; a mí me hace daño sólo oír hablar de eso, pero comerlo, nunca.

»Es verdad que será mejor que los últimos sitios sean para las Hermanas que llegan tarde al refectorio, con el fin de impedir las incomodidades y la falta de modestia que cometen pasando por debajo de las mesas cuando su sitio está en medio de las otras. Ciertamente las jóvenes son demasiado delicadas: mi boca siempre es más importante que la de las demás... que haya que limpiarse la boca con la servilleta de las otras...

La pobreza y la sencillez se os recomiendan muy encarecidamente; sin embargo, decís que hay Hermanas que a propósito de lo que digo en las Constituciones de que la Congregación tiene un interés excepcional en que el cargo de sacristana se desempeñe perfectamente, [entienden] que hay que procurar que no falte de nada y que haya gran cantidad de objetos. ¡Dios mío! ¿Es posible que se interpreten tan mal las cosas y que se haga tanto caso de los propios gustos? ¿No han leído en muchos lugares de las Constituciones la paz que se les recomienda tanto y que no deben perder por nada del mundo? He notado esos apegos en nuestras Hermanas de Annecy: cuando tienen cargos, no quieren que les falte nada y cuando no los tienen, no se preocupan de eso. Hay que corregir dos cosas en vuestra sacristía, pues, siendo ésta la segunda Casa, quisiera que todo marchase bien como en la nuestra de Annecy. La primera es que tenéis un cingulo demasiado lujoso; no es bastante sencillo; basta con que haya dos cintas con el cordón grande; las demás sobran. El alba tiene demasiada pasamanería; no hace falta ponerla en las mangas, ni por encima ni por debajo; basta un poco en las costuras, una cosa pequeña. Lo que digo en las Constituciones de no poner estatuitas en el altar, es porque en general están mal hechas y es una gran pérdida de tiempo y a las jóvenes les gustan; pero si son ángeles y querubines podéis colocarlos sin escrúpulos».

Le dijimos un día que temíamos fuese peligroso el que las superiores no tuvieran el espíritu de la Regla. «¿Qué haríais en ese caso? Si son fieles en observarla, Dios se lo dará con el tiempo. Cuando las Hermanas desean un cargo, hay que dárselo para contentarlas. Hemos visto por experiencia que algunas de nuestras Hermanas que no descollaban cuando eran inferiores, siendo Superiores lo han hecho mucho mejor, no para ellas mismas, ni porque sirviera a su perfección, pero ayudan a las demás».

Nos dijo que siempre convendría elegir a una Hermana de gran virtud, aunque fuese joven. Dios ayuda a las almas que obran con sencillez y confianza. Dijo también que sentía mucho cuando elegían a una Hermana que carecía de la virtud y capacidad requeridas para su cargo. «Hay que darles una buena ecónoma para aliviarlas. Hay pocas superiores que se ocupen de los asuntos temporales y no es necesario en absoluto para su cargo. Cuando se han elegido Superiores que no son muy hábiles para las cuestiones internas de la casa, hay que darles una buena Asistentas». Y le dijimos: Cuando las superiores no son muy humildes, no pueden soportar que otra haga su oficio. «¿Y por qué no van a soportarlo? Si yo fuera Superiora, me gustaría mucho que me descargasen y dejaría gustosamente que hiciesen lo que quisieran.»

Hablándole de las confesiones extraordinarias, le dijimos si no sería mejor que las Hermanas abrieran su alma a la Superiora antes de confesarse, porque los confesores les preguntan sobre

todo acerca de pecados carnales. Dijo: «Hay que dejar esa libertad a las Hermanas porque puede suceder que la Superiora no entienda de eso».

Le dijimos: «Monseñor, me parece que teniendo confianza en Dios, El no deja de dar la luz necesaria para los cargos, y que la caridad es todo». Respondió: «En verdad, tenéis razón: cuando las Superiores están muy unidas con Dios, El las instruye, pero ¿quién os asegura que todas ellas tienen esa unión?».

Hablando de las Superiores que permanecen un tiempo excesivo en el locutorio dijo: «No lo apruebo de ningún modo, pero ¿qué le vamos a hacer?».

Hablando de la deposición de una Superiora que había sido muy querida por las Hermanas, que no podían acostumbrarse a llamarla Hermana, sino siempre Madre, respondió graciosamente: «Que la llamen Abuela, si quieren; yo no sabría qué hacer, pero veo que esas hermanas no respetan ni guardan sus Reglas y Constituciones».

Le dijimos: «Monseñor, cuando nos haya hablado del modo de comportarnos en la designación y deposición de las superiores, lo practicaremos maravillosamente». Nos respondió: «Nuestras palabras no hacen milagros; hay que practicar lo que las Constituciones nos enseñan: dicen suficientemente cómo hay que actuar, pero las jóvenes tienen muchos caprichitos y prefieren éstos antes que obedecer. ¡Y qué le vamos a hacer! Hay que dejar que lloren y muestren esos sentimientos pues si no, creerían que se piensa que no aman si no diesen esas pruebas que sólo son sensiblerías de jóvenes.

»No hay que decir ni hacer nada para ser queridas y estimadas por las criaturas ni tampoco para ser despreciadas, y hay que pensar que si éstas no nos quieren aquí, nos querrán en el cielo donde todos nos encontraremos. Y además ¿por qué nos preocupamos tanto de que las criaturas nos amen, si nos ama el Creador? Puesto que esto se nos ha asegurado tanto, debe bastarnos.

»Cuando os preguntan si vais a rezar siempre el Oficio parvo, decid que sí, porque esperáis conseguir el permiso del Papa, y que ya lo tenéis para diez o doce años; mi intención y mi deseo es que lo recitarais siempre, aunque si no quieren, no me opondría.

»Acerca de la expulsión, también podéis responder que debe hacerse según la Regla. He suprimido lo que decía en las Constituciones no sólo para contentar a la gente, sino también para evitar que las jóvenes anden examinando los defectos de sus hermanas con el fin de ver si merecen la expulsión».

Le preguntan si hay que confesarse de las imperfecciones, si estaría mal hacerlo. Dijo que en teología se enseña que no hay que hacerlo, pero sí podemos sin que haya mal en ello; que el método que nos han dado nos lo permite porque no sabemos discernir cuándo hay pecado; por eso hablamos en general. En las confesiones ordinarias no hay que decir muchas faltas, todo lo más dos o tres. «Esta bien decir más en las confesiones extraordinarias y anuales, y cuando no tenemos nada que decir al confesarnos, hay que acusarse de un pecado cometido en el mundo».

»Podemos confesarnos cuando hemos tenido un movimiento de impaciencia por una cosa y hemos hecho después algo, aunque ligero, como toser o decir una palabra, pues en eso puede haber pecado. No hay que turbarse por eso, ya que no tenemos una perfección exenta de amor propio, que no nos haga cometer alguna falta aquí o allá; no hay que extrañarse. Podemos acusarnos así: “Me acuso de haber hecho una cosa movida por el fastidio de hacer otra contraria a mi gusto, o por impaciencia”. Pero cuando no hacemos nada por ese motivo, no hay ningún mal, sino mérito».

Respecto al acto de contrición dijo que para hacerlo bien hay que sentir el mal pasado y tener la resolución de no cometerlo más y detestarle con todo el corazón Y hay que haber hecho una confesión general, pues para los pecados veniales no se necesita el acto de contrición. La confesión no es nula cuando no se tiene contrición; basta tener el deseo de enmendarse. No hace falta tener un pesar que nos haga llorar, sino un disgusto por haber ofendido a Dios. No es contrario a la buena voluntad cometer siempre las mismas faltas, con tal que no sea voluntariamente. El acto de contrición bueno consiste en tener una firme resolución de no ofender a Dios».

«En cuanto a las palabras inútiles, en el recreo no se han de decir; pues todo lo que se dice para recrearnos no es inútil. Hay que recrearse, no tener el espíritu siempre tenso porque se correría el riesgo de caer en tristeza y melancolía. No habría nada de malo en pasar todo el recreo hablando de cosas indiferentes; las palabras no serían inútiles porque no siempre hay que hablar de temas piadosos. Las palabras santamente alegres son buenas cuando no hay mal en lo que se dice ni se comentan los defectos ajenos, pues eso nunca se debe hacer, ni tampoco hablar del mundo y de asuntos inconvenientes. Reírse un poco de una hermana, decir una palabra que le moleste, con tal que no le apene –pues eso no debe hacerse; pero si ocurriera, no hay que confesarse si se hizo por simple entretenimiento. Cuando tendemos a la perfección hay que aspirar a ella y no preocuparse cuando no la alcanzamos. Hay que ser muy sencillas, como las margaritas, y recrearse bien; y cuando ponemos nuestra atención en alguna cosa, hay que apartarla de ella si nos estorba para el recreo. Y aun cuando uno no hubiera pensado en hacerla por Dios, no habría que tener escrúpulo, porque basta la intención general, aunque al principio hay que procurar dirigirla bien. Hay que lograr que las novicias aprovechen bien el recreo y es muy importante que las hermanas lo empleen bien.

»Cuando se nos ocurre pensar con poco aprecio del prójimo, no hay mal cuando no los rechazamos por falta de atención; basta que los rechacemos cuando nos damos cuenta de ello. Y en cuanto a lo que me preguntáis de si hay que dejar de decir las penas propias o algo que nos atrajese estima, temiendo no expresarse bien y conseguir más aprecio que humillación: hija, hay que hablar siempre, tanto de lo malo como de lo bueno, con sinceridad y sencillez, con tal de no hacerlo para que os estimen. Si os estiman, no os turbéis, ni de lo contrario tampoco; no perdáis el tiempo en eso.

»No está mal pensar en sí misma algunas veces, con tal que sea para humillarnos pensando, por ejemplo, en nuestra ingratitud, pero siempre hay que volverse a Dios, pues, como digo en otro lugar pensar siempre en uno mismo no es propiamente orar, ya que la oración consiste en levantar el alma para unirse a El. Hay que seguir estas consideraciones cuando nuestro Señor nos las inspira, pero hay que procurar avanzar en la perfección por el camino más sencillo sin tantas sutilezas. No podemos tener una presencia de Dios continua, que sólo la tienen los ángeles. Basta que la procuremos lo más posible y que levantemos con frecuencia nuestro espíritu a Dios. Con esto no quiero decir que tengamos el espíritu siempre en tensión. Si lo que tenemos que hacer nos priva de nuestra atención a Dios, no debemos preocuparnos. Basta hacer todo por Dios con gran sencillez, y aunque no hayáis pensado en dirigir rectamente vuestra intención antes de comenzar vuestro trabajo, basta con que lo hagáis después; y no tengáis ningún escrúpulo: la intención general que hacemos por la mañana basta.

»A las novicias, al principio se les enseña a ofrecer a Dios todas sus acciones, pero hay que advertir que no es necesario hacerlo siempre, pues eso perjudicaría a la sencilla presencia de Dios. Cuando hacemos algo por El, eso es estar en su presencia: nuestro deseo de mantenernos así nos sirve como presencia de su Bondad. No debemos asombrarnos cuando no permanecemos en esa santa presencia como deseáramos. Estamos contentos de tener ese santo deseo de servir a Dios; no nos preocupemos por carecer del sentimiento que quisiéramos tener en su servicio. Y si os parece que os corregís de vuestras imperfecciones más por repugnancia a que os reprendan que por Dios, no hagáis ningún caso de eso; rectificad vuestra intención y no habrá ningún mal. Y aunque cometáis faltas movidas por vuestros sentimientos, no os examinéis tanto y dejad todas esas consideraciones. Hay que tender a la perfección y no asombrarnos de no llegar como deseáramos. Querida hija, el deseo de los bienes eternos debe sosegar vuestro espíritu sin preocuparse por el sentimiento e incluso debemos creer que no somos dignos de experimentarlo.

»Aun cuando parezca que haya sensualidad en el comer, no está mal hacerlo. No admitáis esos escrúpulos: comed por Dios y quedaos en paz. Obrad sencillamente, sin pensar que, con pretexto de obedecer, os estáis dando gusto; cuando vuestra voluntad no interviene, no hay ningún peligro: es utilizar excesivamente. ▽

»No me disgusta que os durmáis en la oración, con tal de que hagáis lo posible por despertaros. Hay que sufrir eso con humildad y permanecer ante Dios como una estatua para recibir todo lo que nos envíe. Nuestro Señor a veces se complace en vernos combatir el sueño durante toda la oración, sin querer Él librarnos de eso; hay que sufrir con paciencia y amar nuestra humillación. Y no digáis nunca que no podéis hacer nada pues, cuando queremos, siempre podemos; lo contrario equivaldría a decir que nuestro Señor pide algo imposible y eso no es verdad. Todo lo podemos con su gracia (Cf. Fil 4,13), que nunca nos faltará.

»Para prepararnos a la sagrada Comunión necesitamos permanecer muy cerca de nuestro Señor y decirle lo que nuestro amor nos dicte y Él nos sugiere, considerando que está dentro de nosotros y que se convierte en carne de nuestra carne para unirse a nosotros y debemos decirle, como la Esposa de los Cantares, que nos bese con un beso de su boca (Ct 1,1). Él lo hace cuando entra en nosotros y entonces el alma puede decir: Mi Amado para mí y yo soy totalmente suya (Ct 2,16; 6,2).

»Nunca estaremos libres de pecados veniales.

»El acusarnos a nosotros mismos no nos sirve de nada si no podemos soportar que nos reprendan y si voluntariamente no queremos que se vean nuestros defectos: eso no es más que amor propio. No importa que sintamos vernos acusadas, con tal de que nuestra voluntad siga firme en amar su abyección. Siempre es mejor mantener nuestra alma en confianza que en temor aunque lo hagamos para humillarnos. El amor nos hace humillarnos suficientemente.

»Hija, no os privéis de la Comunión por amargura de corazón, sino que cuando la sintáis, acercaos para fortaleceros y uniros dulcemente a Dios. Hay faltas por las que podemos a veces dejar de comulgar, como un acto o palabra de impaciencia que hubiera desedificado al prójimo: podéis entonces no comulgar con permiso de la Superiora. Si esto no os crea mucha inquietud y si os avergonzáis de hacer penitencia, convendrá más escoger ésta que pedir otra.

»La fidelidad del alma a Dios consiste en estar perfectamente resignada a su santa voluntad, sufrir con paciencia todo lo que su Bondad permite que nos suceda, hacer todos nuestros ejercicios con amor y por amor, y sobre todo la oración en la que debemos hablar familiarmente con nuestro Señor de nuestras pequeñas necesidades, decírselas y someternos a todo lo que quiera hacer de nosotros; ser muy obediente, hacer de buen grado todo lo que nos manden, aunque sintamos repugnancia, ser fieles a dejar todo en cuanto la campana nos llame y rechazar las distracciones que se nos ocurran en el Oficio; conservar una gran pureza de corazón, porque ahí es donde Dios habita y no en las almas llenas de vanidad y presunción de sí. A éstas, por el contrario, las corrige y castiga rigurosamente. Dios os ha hecho una gracia muy grande llamándoos a su servicio desde vuestra juventud: agradecédselo con todas las fuerzas de vuestra alma.

»Cuando miramos conscientemente las imperfecciones ajenas, está muy mal y no hay que hacerlo; pero si algunas veces las vemos, no hay que fijarse en ellas, sino pensar en el cielo y en las divinas perfecciones de nuestro Señor y de Nuestra Señora, de los santos y santas y de los ángeles, y de tanto en tanto, mirarnos a nosotros, nuestra indignidad y bajeza. Y cuando nos vengan esos pensamientos debemos humillarnos y anonadarnos hasta el centro de la tierra, al ver que no somos más que unos gusanillos que queremos juzgar las acciones de las demás, que son las esposas de Nuestro Señor. Debemos advertir a nuestro corazón su debilidad, reprendiéndonos a nosotras mismas para estar alerta en el futuro. ¡Dios mío! No cometáis esa falta de mirar las imperfecciones de las hermanas, porque eso retardaría mucho vuestra perfección y haría gran daño a vuestra alma.

»Cuando uno siente repugnancia a hablar suficientemente a la Superiora o a la Maestra, aconsejo decirlo y quisiera que se diera una buena penitencia por ello; pero el mejor modo de impedirlo es adherirse al Creador y no a la criatura.

»Para prepararnos bien a la oración debemos ir a ella con gran humildad y conocimiento de nuestra nada, invocando la ayuda del Espíritu Santo y de nuestro Ángel custodio y permanecer silenciosas en la presencia de Dios creyendo que Él está en nosotros más que nosotras mismas; y

aunque en nuestra oración no hagamos reflexiones ni consideraciones, no hay ningún peligro, porque no depende de ellas. La oración es una sencilla atención de nuestra alma a Dios, y cuanto más sencilla y carente de sentimientos, tanto más es oración. Esta verdad pocas personas la comprenden, sobre todo las mujeres a las que los razonamientos suelen perjudicar mucho, dada su ignorancia.

»De todos modos, yo aconsejo recoger el espíritu durante el día mediante consideraciones, si es posible; pero nada de pensar en los pecados propios durante el tiempo de la oración: eso no debe hacerse. Cuando vienen esos pensamientos, debemos humillarnos ante Dios por nuestros pecados, pero sin entrar en detalles pues basta con eso y en general esos pensamientos sólo sirven para perder el tiempo.

»En todas vuestras acciones estaréis en la presencia de Dios, si las hacéis por Él. Comer, dormir, trabajar por El es estar en su presencia. No depende de nosotros tenerle presente habitualmente, a no ser por una gracia particular. Cuando se hacen cosas que requieren atención, debemos dirigirnos a Dios de vez en cuando; y si no lo hacemos, tenemos que humillarnos con confianza yendo de la humildad a Dios y de Dios a la humildad hablándole como el niño a su madre, pues Él sabe bien lo que somos.

»Estaría mal hablar del mundo y de sí misma durante todo el recreo, pero una o dos veces decir una o dos palabras para alegrar a una Hermana no está mal, y no hay que confesarse de ello. Tened gran cuidado de practicar la sencillez y de abajaros; dejad la sabiduría y la prudencia humana y tened la de la cruz.

»No os extrañéis de las tentaciones; consideraos como una auténtica nada, vaciad vuestro corazón de todos los sentimientos mundanos y grabad en él a nuestro Señor crucificado; dadle gracias por vuestra vocación y decidíos a obedecer, pues quizás nunca tendréis que mandar. No hagáis como muchas que dicen: “yo no quisiera ser Superiora”, sino manteneos siempre en la santa indiferencia: nada desear, nada rehusar.

»Es muy razonable privarnos de los goces del mundo por Dios, puesto que Él se priva de su gloria por nosotros. Tenéis suficiente luz para conocer en qué consiste la felicidad de vuestra vocación. Nunca debemos decir que no podemos hacer una cosa, pero hacéis bien diciendo que os parece eso, ya que todo lo podemos con la gracia de Dios que no nos deja cuando lo necesitamos.

»En cuanto a la oración, no hay ningún peligro en sentarse durante algún tiempo cuando la necesidad lo requiere, pero no habría que quedarse así todo el tiempo. No hay que ser tan delicadas, porque es peligroso y perjudicial en el camino de nuestra salvación. Las enfermedades corporales no impiden la devoción; al contrario, nos ayudan si las aceptamos de la mano de Dios. Siempre podéis tener la cara alegre cuando asistís con las Hermanas; el dolor que se siente no lo impide, a no ser algunas veces que nos hace andar con los ojos caídos.

»Querida hija, no hagáis esos razonamientos porque es imposible que el Espíritu de Dios permanezca en un alma que quiere saber todo lo que pasa en ella. ¡Ánimo! de una jovencita débil, haced una mujer generosa que supera dificultad.

»No hay que llorar inútilmente, pues si tenemos que dar cuenta de las palabras inútiles (Mt 12,36), con mayor razón de las lágrimas derramadas sin motivo; hay que confesarse de eso como de una falta bastante notable y debéis absteneros de llorar en cuanto os sea posible. También hay que evitar decir palabras inútiles y cuando se falta en esto dos o tres veces hay que confesarse, pero no de faltar a los ejercicios, a no ser que fuera por desprecio y gran negligencia. Hay que asistir a ellos si se puede, pues si la falta de asistencia se repitiera mucho dañaría a la comunidad.

»Cuando se hace voto de observar las Reglas, se hace de modo que no obligan bajo pecado; por eso ni las Reglas ni las Constituciones son causa de nuestros pecados.

»Hay que tener grandes ánimos, querida hija; sois hija de Jesucristo crucificado y no debéis buscar en esta vida más que la unión de vuestra alma con Dios. Debemos tener gran constancia en nuestras dificultades, pues mientras estemos en esta vida, no estaremos siempre con la misma disposición, lo cual no puede ser.

»El deseo de la vida eterna es bueno, pero sólo hay que desear la voluntad de Dios. La virtud del primer ofrecimiento que hicimos sacrificándonos a nuestro Señor basta, aunque no renovemos esa atención para ofrecerle todo lo que hacemos. Los sentimientos no son necesarios para la perfección que deseamos, pues cuando nuestro Señor estaba en el Huerto privado de todo consuelo, no por eso dejaba de cumplir la voluntad de su Padre (Mt 26,37-46).

»En cuanto al modo bueno y eficaz de gobernar no depende de los talentos naturales sino de la gracia sobrenatural que da la experiencia necesaria mucho más perfectamente que toda la sabiduría y prudencia humana, aunque con menos brillo, y en eso consiste su excelencia.

»Hay que aceptar los alivios necesarios al cuerpo, como el calor, la comida y el vestido, con acción de gracias y humildad y no con fastidio; y no se debe desear ser compadecida en las incomodidades. Eso está bien para jóvenes débiles, pero las hijas de Dios no deben perder tiempo en esas delicadezas. ¿Decís, hija, que yo dije en la Conversación que si volviera a nacer, no tendría deseos? Felices vosotras: vuestras Reglas y todos vuestros ejercicios os conducen a esa unión. Las Constituciones os enseñan lo que debéis hacer: pedid sencillamente sin escrúpulo, lo que os es necesario.

»Conservad el deseo que tenéis de observar vuestras Reglas, pues todas ellas proceden del amor; recordad que no careceréis de dificultades, pero no os desaniméis: esperad en Dios y arrojaoos en brazos de su divina Providencia. No hay un camino más seguro que el del sufrimiento, con tal de llevarlo con amor, dulzura y paciencia y así podremos imitar a Nuestro Señor y a todos los santos. Debemos creer que todo lo que sufrimos es poco ante Dios, y pensar lo menos que podamos en nuestros sufrimientos,

»Podéis apartaros del sentimiento de gusto que sentís al tomar las cosas que necesitáis; como uno que, pasando por la calle, la encontrase llena de barro, no haría sino tomar otro camino. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros, sin darle más vueltas.

»Es verdad que es bueno cortar toda clase de conversaciones, excepto las concernientes al bien espiritual; si bien no hay que interrumpir al padre o a la madre cuando comienzan a hablar, cuando han terminado debemos hablarles, aunque sin suficiencia, de cosas buenas para consolarlos. Escuchadlos con dulzura, sin interrumpirlos, que no me estoy refiriendo a ellos, sino a las personas que nos traen noticias del mundo, de las que no tenéis que interesaros. Poned vuestra confianza en Dios porque los padres olvidan pronto a sus hijos.

»Claro está que sería una rareza querer saber si es voluntad de Dios que comáis. Es muy cierto que lo que hacemos contra los mandamientos es contra su voluntad, pero en otras cosas que suceden, no tenemos que examinar si son o no su voluntad. Hay que poner el corazón en Dios y no escuchar los pensamientos que pueden ocurrírseos; y no creáis que eso no es buen espíritu, pues vuestra intención, que es buena, cambiará el mal en bien.

»La humildad es una virtud tan maravillosa que hay que ser muy santo para tenerla perfectamente; ella es la que trae consigo todas las demás. Pues bien, hacer todo con espíritu de humildad es querer hacerlo con humildad y así debéis de obrar siempre para imitar a nuestro Señor que se humilló hasta la muerte de cruz (Fil 2,8).

»Debemos alegrarnos de tener algunas cosas que puedan servir a los otros y de prestar los objetos de la sacristía. Dadlos gustosamente; si Dios permite que se estropeen, os dará los medios para comprar otros, y además, eso es tan insignificante que no hay que ocupar el espíritu con ello, sino pensar en la vida eterna. Es verdad que la caridad hace valer nuestras obras y sólo Dios puede darla: esperadla más de Él que de vos.

»Está bien no complaceros en hablar de vos; cuanto menos lo hagáis, tanto en bien como en mal, es lo mejor.

»La castidad consiste principalmente en una gran sencillez y pureza de corazón y en no tener pensamientos contrarios a ella.

»Poco importa que la palabra de Dios se exprese con elocuencia o no, eso no es más que una afectación humana que en todo quiere lo más refinado.

»Hay que abandonarse en los brazos de Dios y servirle como le agrada. El verdadero fervor consiste en dejarse conducir por Dios y nuestros superiores.

»Es muy importante educar a las jóvenes en las verdades y claridades de la fe. Aunque les resulte costoso, no hay que dejar de formarlas en esto ni permitir que pierdan el tiempo en esas sensiblerías que no constituyen la verdadera virtud. No sirve de nada hablar mucho, lo importante es hacer.

»Habéis entrado en Religión por amor a Dios; sed indiferentes a los caminos por donde su Bondad quiere llevaros, sea por consuelos, penas o humillaciones; el mismo mérito tenéis con unos que con otros. Hija, santa Blandina, cuando los paganos la martirizaban, decía: “Soy cristiana”, igualmente cuando nosotros tengamos algunos dolores y penas, debemos decir: “Soy cristiana”.

»El pesar que tenemos al sufrir una humillación, el temor a ser humillada, son imperfecciones que todos experimentamos y no debemos asombrarnos de ellas, sino animarnos y poner el corazón en Dios, no deseando más que agradarle. La humillación no es tan mala como creemos, no nos hará tan gran daño como pensamos y nos parece; no la temamos tanto. Mirad a nuestro Señor que se humilló hasta la muerte (Fil 2,8), y a todos los santos que buscaron con tan gran amor las ocasiones de practicar esta virtud. Alegraos de las que se os presentan, aceptadlas gustosamente, con amor; recibid y abrazad el anonadamiento y la humillación; que vuestros amores estén en Jesucristo crucificado. No os extrañéis de la vanidad, combatidla fielmente; con tal que no hagáis nada movidos por ella, no habrá ningún mal.

»Deseáis saber cómo hay que entender las palabras meditar día y noche en la ley de Dios (Sal 1,2): eso es hacer todo para su mayor gloria y tener el corazón fijo en Él y para eso no creáis que es preciso estar siempre de rodillas.

»Me preguntáis cómo me las arreglo para no turbarme nada cuando, veo que todo el mundo anda apurado. Yo no he venido al mundo para aportar tumulto, ya encuentro bastante en él. Cuando me preguntan dónde me alojo, me alegro mucho de poder decir que en casa del jardinero de nuestras Hijas de Santa María.

»Hay pocas jóvenes que no sean porfiadas; cuando se encuentra una que no lo es, hay que apreciarla mucho. Y cuando tenemos tentaciones de envidia porque nuestras hermanas actúan mejor o son más queridas que nosotras, hay que retorcer el corazón como un lienzo para hacerle entrar en razón.

»No, hija, no hay que perder el tiempo con esos pequeños deseos que vienen de sufrir frío o cosas parecidas, porque eso os entretendría en insignificancias y os impediría aplicaros a las virtudes sólidas. ¿Sabéis cuándo hay que soportar el frío? Cuando la Superiora os envía al huerto a recoger hierbas y corréis peligro de que vuestras manos se hielan: eso si hay que hacerlo porque es por obedecer.

»Hay que tener gran paciencia con nuestras Hermanas y ayudarlas y aliviarlas en lo que podemos y no pensar que es poco lo que sufren pues no nos toca a nosotros el juzgarlo.

»No iremos al cielo por haber cantado bien, sino por haber obedecido. Dios no nos pedirá cuentas de si hemos rezado muchos oficios, sino de si hemos sido muy sumisos a su voluntad.

»Me habéis preguntado también cómo hay que entender lo que dicen las Constituciones de no emplear nuestro corazón, nuestros ojos y nuestras palabras más que en servicio del Esposo celestial, y no en servicio de las personas y sus gustos. Hija, me habláis de una perfección que pocos practican, aunque todos deberían hacerlo. Mirad, hija, por ejemplo a dos Hermanas nuestras: una a la que amáis mucho y otra por la que no sintáis tanto amor y por eso no la miráis tan gustosamente como a la otra. Si la amarais puramente por Dios, las miraríais con igual complacencia a las dos y les desearíais el mismo bien.

»Es verdad que amo mucho a todo el mundo y sobre todo a las almas sencillas. Por lo que toca al respeto que os parece tengo a todos, la educación nos lo enseña y además soy naturalmente inclinado a eso. Nunca he podido hacer lo que hacen muchas personas cuando tienen una dignidad elevada, a las que les parece que todo el mundo tiene que honrarlas y cuando

escriben no quieren poner las palabras «muy humilde» más que a las personas muy ilustres. Yo lo pongo a todo el mundo, a no ser que escriba a Pedro o a Francisco mis criados, pues creerían que me burlaba de ellos si les pusiera «su humilde servidor». No hago gran diferencia de una persona a otra».

Hablándole de la condescendencia que mostraba con todo el mundo, nos dijo: «No me cuesta mucho ni me molesta obrar así, sino lo contrario; naturalmente no me aferro a mis gustos y además ¿no debemos condescender con el prójimo? No sé reprimir las inclinaciones ajenas, cuando veo que desean algo, no me opongo a ello».

Al decirle que deseaba vivamente tener su espíritu de condescendencia le dije que muchas veces al tocar para el Oficio tenía que ir al locutorio y que incluso el día de Navidad había perdido las Completas por una cuestión ligera e insignificante. Nos dijo: «es un acto de condescendencia, hija, como el que ahora estáis haciendo conmigo». Esto sucedía el día de san Esteban, durante Nona, momento en el que nos habló de esa santa virtud. Nos dijo: «Hay que acostumbrar a los seglares a venir fuera del tiempo de los Oficios en cuanto sea posible».

Hablándole de las pláticas y confesiones: «Me gusta mucho oír la palabra de Dios, es lo único bueno que hay en mí. Cometo muchas faltas en la confesión, pero hay dos que no he hecho: no soy curioso y no disimulo».

Me indicó una vez su deseo de que se hiciera la fundación de Besançon y nos dijo que estaba muy contento de que nuestras Hermanas aumentaran porque viven con gran paz y suavidad.

Le preguntamos si deberíamos calentarnos. Respondió: «Cuando veis que hay fuego encendido, es intención de la obediencia que os calentéis, con tal de que no sea con excesivo apresuramiento».

Al decirle una vez que deseábamos vivamente en esta Casa tener el espíritu suyo, nos respondió: «¡Dios os libre! Tened el de Dios y de san Agustín».

Después de confesar a una de nuestras Hermanas con la que había hablado durante hora y media, le dijimos que admirábamos su dulzura y paciencia en escuchar tanto tiempo y entonces nos dijo: «¡Despacio, despacio! Hay que tratar a las enfermas como enfermas. Cuando dan cuenta de conciencia está bien quitarles los razonamientos, si se puede». Y al decirle que las dos cosas que nos había recomendado tanto, las habían entendido nuestras Hermanas en el sentido de habituarse desde hacía algún tiempo a calentar nuestra cama: ¿había que dejarlas hacer? Nos dijo que sí pero que debíamos demostrarles que no estábamos de acuerdo y que es mejor como dice la Regla, no necesitar muchas cosas.

Le preguntamos si era la intención de las Constituciones que se dijera a las superiores lo que se piensa, porque nos envían a la Hermana Asistente. Nos dijo que lo que había escrito en las Constituciones, era para las que no tienen confianza para decirlo a ellas mismas, pero que las que tienen más confianza obran mejor.

«Sí, hija, podéis recibir jóvenes que no son hijas legítimas e incluso a aquellas cuyos padres han sido ejecutados por algún delito grave, pues en esto, las hijas ya no pueden hacer nada». Le dije que nunca nos habíamos atrevido a recibir las en esta ciudad porque lo consideraban mal. Me respondió: «¡Lástima que no nos las hayáis enviado a Nessy!»

«No, nunca hay que permitir que nuestras Hermanas dejen los Oficios para ir a trabajar, ni aunque sea para la sacristía; se puede permitir que alguna vez no asistan a la lectura, pero raramente. ¡Qué felices son las que se complacen vivamente en seguir en todo y en todas partes a la Comunidad! Dios les ha hecho una gracia grande. Os voy a contar lo que me sucedió una vez con un buen religioso con grandes deseos de hacer más penitencias y mortificaciones que la Comunidad; le hablé largamente de la felicidad de acomodarse a ella en todo y le rogué lo hiciera así. Y así lo hizo. Poco después vino a verme y me dio las gracias efusivamente diciéndome que yo era causa de su bien».

Le dije que a veces hay jóvenes naturalmente sobrias que en general sólo comen la tercera parte de sus porciones. ¿Debía decirles decididamente que comiesen más? Me respondió que sería mejor esperar a que se acostumbraran, pero que había que hacerlo así porque podría perjudicarles

con el tiempo. «No, no hay pecado venial en comer con gusto; son imperfecciones de nuestra naturaleza. Hay que moderar la avidez y corregir las palabras duras; yo por mi parte no soy gran censor. San Bernardo dice que hay pocas personas que se asemejan en la manera de proceder, pero la dulzura y suavidad es más provechosa; se mire por donde se mire, siempre hay que venir a parar aquí».

*Última Conversación De Nuestro Santo y venerado Padre acerca de Varias Preguntas
que nuestras queridas Hermanas de la Visitación de Lyon le hicieron el día de san
Esteban, dos días antes de su dichosa muerte, 1622*

Al entrar, dijo: «Buenas tardes, queridas hijas: vengo para deciros mi último adiós y conversar un rato con vosotras, porque la Corte y el mundo nos quitan el resto. En fin, tengo que marcharme: aquí acaba el consuelo que hasta ahora he tenido con vosotras. ¿Qué queréis decirme? Seguramente nada más. Es verdad que las jóvenes siempre tienen mucho que decir. Siempre es mejor hablar a Dios que a los hombres». Le dijeron: «Monseñor, queremos hablar con vos para aprender a hablar con Dios». Y él dijo: «El amor propio se sirve de ese pretexto. Dejémosos de preludios: ¿qué queréis decirme? Nuestras hermanas están incómodas».

Le preguntamos si no era mejor y más sencillo considerar las virtudes de Dios, en vez de las de las superiores y las hermanas. Respondió que no, que eso no se oponía a la sencillez y que estaba bien hacerlo; pero la que quisiera mirar las virtudes de las demás con el fin de ver quién es más virtuosa, murmurar y censurar, ahí es donde habría mal. «No es eso lo que la hermana quería decir, sino que se fija en ellas para imitarlas y edificarse, que es cosa bien distinta. Si os fijarais en sus virtudes con gran caridad para imitarlas, haríais bien. Las virtudes de Dios en cuanto Dios son tan excelentes y eminentes, que para acomodarse a nuestra flaqueza quiso hacerse hombre para mostrarnos el ejemplo de lo que debemos hacer y para que podamos imitarlo. Está bien recordar y considerar los ejemplos de los santos para imitarlos, y también los del Rey de los santos, Nuestro Señor y Redentor. Está escrito que san Antonio pasó todo el año de su noviciado considerando las virtudes de sus hermanos y, como una abeja diligente, libaba en cada flor de ellas, la miel que necesitaba. El amor de Dios es inseparable del amor al prójimo y siempre es mejor considerar las virtudes de nuestro Señor».

«Monseñor, hay jóvenes que se entretienen mucho mirando las virtudes de las Superiores y luego no hacen más que alabarlas y felicitarlas». — «¡Cómo! ¿Se hace eso en esta Casa?» — «Sí, Monseñor, hay tres o cuatro que lo hacen habitualmente». — «Hija, no debéis consentirlo. Cuando las inferiores saben que la Superiora es algo vanidosa y que le encanta ser elogiada y querida, la alaban sobre todo para que ella las quiera; pero si ven que la Superiora se enfada y pone mal gesto cuando la elogian, no se apresurarán tanto a hacerlo». — «Entonces, Monseñor, ¿qué tenemos que hacer cuando nos alaban?» — «Quitarse de en medio y dejarlas; pero las inferiores, cuando la Superiora las alaba por alguna cosa buena que han hecho, no tienen que marcharse; a veces es necesario obrar así; en cambio, respecto a las superiores, no deben de ningún modo permitirlo. Tampoco hay que extrañarse, porque donde hay tantas jóvenes, hay también montones de alabanzas y lisonjas».

«Preguntáis si no es un defecto grande desear cargos y preocuparse cuando no nos los dan. Está mal desear tener cargos y apenarse cuando no nos los dan, es una debilidad perder el tiempo en esto, en desear cargos honoríficos. Nos gusta tanto tener algo para estar por encima de las demás, como ser Superiora o Asistente, para manifestar nuestra valía “¡porque la Hermana ordena y dispone todo tan bien!”. Nos gusta tanto demostrar lo bien que sabemos mandar. Si yo fuera Superiora, practicaría mucho la virtud, la humildad, la caridad». «Sí, Hermana, a nuestro amor propio le encanta que se vea la propia perfección espiritual: “La Hermana es tan amable cuando está por encima de las otras y nadie le dice nada, todo el mundo admira su virtud”. Es indudable que con eso alimentan bien su amor propio. El deseo de los cargos es muy corriente y no hay mal en ello, con tal de que no sea voluntario. Hay que reírse de todo eso; en la vida religiosa no se buscan ni se desean los cargos honrosos; los mundanos y los que están en la Corte no hacen más que desear y correr tras las dignidades y preeminencias; la Corte esta hecha para eso. Pero desear en Religión esos cargos es señal de que no estamos bien desprendidos».

»Hay que tener mucho cuidado porque hay almas que temen tanto que se insinúe en ellas el deseo de los cargos, que viven siempre con miedo e inquietud y nunca están en paz y sosiego, pues mientras están preocupadas por el temor, tienen el corazón abierto y el diablo que lo ve, les

pone dentro esa tentación. Se parecen a los que tienen miedo a los ladrones; salen y dejan la puerta abierta y los ladrones entran y hacen lo que se les antoja. No hay que turbarse cuando se siente el deseo de cargos honrosos; mientras vivamos, nuestra naturaleza nos incitará a desearlos. Tampoco hay que temer que nos venga ese deseo, con tal de que siempre mantengamos nuestra voluntad superior firme en Dios. En vez de perder el tiempo con un temor inútil, debemos mantener nuestro corazón en Dios y unido con Él, pues no hay que desear nada ni rehusar nada, sino abandonarse en los brazos de la Providencia divina sin perder el tiempo en ningún deseo, sino buscando lo que Dios quiere hacer de nosotros. San Pablo practicó perfectamente éste abandono en el mismo instante de su conversión. En cuanto nuestro Señor lo dejó ciego, dijo: Señor, ¿qué queréis que haga? (Hch 9,6), y permaneció indiferente a lo que Dios ordenase de él. Toda nuestra perfección depende de este punto.

«Así pues, no hay que desear los cargos honrosos, pues eso impide la unión de nuestras almas con Dios, que se complace en la bajeza y humildad». — «Monseñor, no se trata sólo de los cargos honrosos, sino de todos los demás». — «San Pablo nos prohíbe desear altos cargos y preeminencias. Desear los humildes puede pasar; sin embargo, ese deseo es sospechoso y san Pablo escribiendo a un discípulo suyo le previene, entre otras cosas, de poner su corazón en ningún deseo (2Tim 2,22). ¡Qué bien conocía ese defecto!»

«Preguntáis si no pueden desearse los oficios, humildes ya que son penosos y parece más meritorio trabajar por Dios que permanecer en la celda. Si, hija, porque David decía que prefería ser el último en la casa del Señor a ser grande en la de los pecadores (Sal 83,11) y añadía: Es un bien para mí ser humillado para que aprenda tus preceptos (Sal 118,71). Sin embargo, ese deseo es muy sospechoso y podría ser muy humano. ¿Qué sabéis vos si después de desear esos oficios bajos y humildes tendríais la fuerza de aceptar con agrado la abyección y las humillaciones que se encuentran en ellos? La humillación podría causaros gran repulsión y amargura. Y si quizá ahora os sentís con fuerza para sufrir la mortificación y humillación ¿que sabéis si la tendréis siempre? El desear los cargos, unos u otros, ya sean humildes u honrosos, hay que considerarlo como una tentación y siempre es mejor no desear nada, sino estar dispuestos a obedecer. Más vale estar en la celda por obediencia haciendo algún trabajillo insignificante, leyendo o haciendo cualquier otra cosa, si se hace con más amor que la que está en la cocina, fatigando y quemándose los ojos, si lo hace con menos amor, porque no agradamos a Dios por la cantidad de nuestras obras sino por el amor con que las hacemos.

«No hay que andar juzgando dónde hay más mérito; nosotros no debemos mirar el mérito y no me gusta eso de considerar siempre dónde hay más mérito pues las Hijas de Santa María no deben fijarse en eso, sino obrar para la mayor gloria de Dios. Si pudiéramos servir a Dios sin mérito —cosa que no es posible— deberíamos desearlo. Es de temer que al querer elegir lo más meritorio engañemos a nuestro espíritu. Dicen los cazadores que, cuando los perros tienen los sentidos dispersos y llenos de apetencias distintas, pierden fácilmente la jauría».

«No me refiero a eso, Monseñor, a mirar dónde hay más mérito, sino que parece que en los oficios más penosos se hace más por Dios que estando en la celda». — «No agradamos a Dios por la importancia de las obras sino que, como ya he dicho, una hermana en su celda haciendo únicamente algo insignificante merecerá más que otra que tiene mucho trabajo pero lo hace con menos amor. El amor es lo que da valor a nuestras obras. Os digo más aún: una persona que sufre el martirio por Dios con una onza de amor, merece mucho, pues la vida es lo más que se puede dar; pero si hay otra persona que sólo sufre un golpe con dos onzas de amor tendrá mucho más mérito, porque la caridad y el amor son los que dan el valor a nuestras obras. Sabéis o debéis saber que la contemplación es mejor que la acción y la vida activa; pero si en ésta hay más unión, es mejor que aquélla. Si una hermana que está en la cocina manejando la sartén junto al fuego tiene más amor y caridad que otra, el fuego material no le quitará el mérito, al contrario, le ayudará y será más grata a Dios. Con bastante frecuencia se está tan unido a Dios en la acción como en la soledad. Os lo repito: donde hay más amor.

»Lo mejor es no desear nada ni rehusar nada. Todos los deseos proceden de la naturaleza y sólo sirven para turbar los espíritus y contentar nuestro amor propio con el pretexto de trabajar por Dios. Si por falta de ánimos estáis muy contentas de estar cosiendo en vuestra celda para fatigaros menos, ese deseo no es una recta motivación. No hay que echar de menos la celda cuando no se puede estar en ella, sino hacer por Dios lo que se hace y dejarnos de todos esos deseos. ¡Cuándo llegará el día en que nuestras hermanas no deseen tantas cosas y se apliquen a hacer y querer solamente lo que Dios quiere, cuya voluntad nos indican nuestras Reglas y Superiores!

»Preguntáis si cuando uno no se siente con fuerzas para desempeñar un cargo con dulzura, porque siente mucha repugnancia a él, hay que decirlo a la Superiora o aceptarlo sencillamente. No, hija, no hace falta decirlo porque eso se opone a la sencillez. No digo que no se pueda decir si uno quiere, pero para obrar con más sencillez, no se debería decir. Está el peligroso de que sea el amor propio quien nos lo haga decir, por miedo a no hacerlo bien y poder excusarnos después si lo hacemos mal, diciendo que ya lo habíamos advertido. Es peligroso y sospechoso hacer eso con pretexto de humildad porque no lo es; al contrario, va contra ésta. Si me diesen cargos honrosos o humildes, los recibiría y aceptaría con humildad, sin decir una sola palabra ni hablar de ello con nadie, a no ser que me preguntasen, pues entonces diría sencillamente la verdad, tal como la viera sin añadir nada más.

»Preguntáis si al dar cuenta de conciencia hay que decir a la Superiora esos sentimientos. La cuenta de conciencia es distinta. Sí, hay que decir todo sencillamente, pero esas cosillas que se le ocurren a uno me parece mejor que quedase entre Dios y uno mismo, pues no merecen mayor atención. Si en la vida religiosa cada una quisiera escoger los oficios a su antojo ¿no sería eso hacer cada cual su voluntad? ¿Qué debe importaros tener dificultades y cargos si os los imponen nuestras Superiores que representan a Dios? David decía: «Yo era ante Ti como una bestia de carga (Sal 72,22). Eso nos hace ver la sumisión que siempre debemos tener en todo lo que nos ordena Dios y nuestros Superiores.

»Preguntáis si los deseos, aunque sean involuntarios, nos alejan mucho de la perfección. — No, hija, nuestra naturaleza nos los suscitará siempre. Los deseos, pensamientos y sentimientos involuntarios nunca pueden hacer daño a la perfección. Lo vemos muy bien en san Pablo que estando tentado y muy molesto por el aguijón de la carne, pidió tres veces quedar libre de él y oyó que nuestro Señor le dijo: Mi gracia te basta, pues mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza (2 Co 12,9) y permaneció tranquilo y sereno en medio de la tentación. ¿Qué nos importa sentir la dificultad si hacemos nuestro deber? Dejemos que ese perro ladre a la luna, no puede hacernos nada, si no queremos. Nuestro Señor quiso darnos ejemplo en el huerto de los olivos, queriendo experimentar sentimientos contrarios a su parte superior, no dejaba de sentirlos aunque su voluntad fuese conforme con la del Padre eterno. Pero entre Nuestro Señor y nosotros hay la diferencia de que Él quería sufrir por nuestro amor, aunque como Dios podía evitarlo, en tanto que nosotros no podemos, aunque sea contrario a nuestra voluntad.

»Preguntáis si no sería mejor distraerse que luchar consigo mismo y empeñarse en rechazar la tentación. ¿Quién duda, querida hija, que vale más hablar a nuestro Señor sencillamente que disputar y porfiar con el diablo? La sencillez en todo es siempre preferible. Voy a poneros un ejemplo: si me viniera el deseo de ser Papa y se me ocurriera desear el papado, me reiría y me distraería pensando qué bien se está en la vida eterna, qué amable es Dios, qué felices son los que están en el cielo gozando con Él. Al hacer esto, me entretendría mucho más desinteresada y noblemente, pues cuando el diablo me sugiriera el deseo del pontificado, yo hablaría a Dios de su hermosura o cosas semejantes.

»Me preguntáis si habría que tener escrúpulo cuando no se hubiera procurado un día o dos rechazar la tentación deseo, ocupándose en Dios así, sin hacer por distraerme. Indudablemente, querida hija, es mejor mantenerse en la presencia de Dios que tanto andar reflexionando acerca de lo que pasa dentro y alrededor de nosotros.

»Preguntáis si uno sintiese gran escrúpulo por no poder sosegar el espíritu a causa de esos deseos y tentaciones que han durado mucho, ¿tendría que confesarse? Si queréis podéis hacerlo y decir: “Me acuso de haber tenido dos o tres días una tentación que no sé si he rechazado”».

«Decís, Monseñor, que no hay que desear nada ¿Pero, no hay que desear el amor de Dios y la humildad?, pues nuestro Señor ha dicho: Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá (Mt 7,7; Lc 11,9)». —«Hija, cuando digo no desear ni pedir nada, me refiero a las cosas de la tierra, pero las virtudes sí que podemos pedir las. Cuando pedimos el amor de Dios, incluimos en él todas las virtudes y cuando pedimos la caridad incluimos en ella la humildad y lo mismo decimos de todas las virtudes porque éstas no están separadas entre sí».

Se pregunta si, viendo a una novicia que desde que está en la Casa se aplica a esa indiferencia de no desear nada ni rehusar nada, no habría que temer que lo hiciera por pusilanimidad y negligencia. ¿No haría mejor practicando la humildad y otras virtudes necesarias?— «No, querida hija, si estuviera ese camino, no habría nada que temer porque no deseando más que agradar a Dios practicaría todas las virtudes y todo lo necesario para agradarle, pues el amor de Dios sobrepasa a todas las virtudes».

Se pregunta si el no colocarse cerca de una Hermana en el recreo o llorar cuando nos corrigen son señales de que seguimos nuestros gustos. «Hija, estaría mal en invierno, no en verano, porque en invierno al menos la calentaría. Debo hablar con más seriedad: hacer esto sería alimentar abiertamente sus apetencias. En cuanto a las lágrimas, hay naturalezas que no pueden prescindir de ellas y a veces estamos tan contentos de llorar, sobre todo cuando nos cambian la Superiora, para mostrar que no somos insensibles y que lo sentimos mucho. Eso sienta muy bien al amor propio para que reconozcan que le estamos muy agradecida; no son más que simplezas de jóvenes».

«Preguntáis qué hay que hacer para confesarse bien. ¿Qué queréis que os diga? Lo sabéis muy bien, pero me agrada que me hagáis esas preguntas. La Confesión es algo muy importante y en ella se necesitan tres cosas. La primera, ir a ella con pureza de intención para unirse a Dios mediante la gracia que se recibe en este sacramento. Los religiosos tienen una gran ventaja muy por encima de las personas del mundo, puesto que están exentos de ocasiones graves de perder la unión con Dios, ya que sólo el pecado mortal nos separa de Él. Los veniales no nos separan, pero hacen una pequeña fisura entre Dios y el alma. Por la virtud de este sacramento unimos nuestra alma con Dios y la ponemos en su primer estado de gracia.

»La segunda y la tercera condición es ir con pureza y caridad. En vez de hacer esto, con bastante frecuencia sucede que llevan el alma enredada y turbada y eso hace que no sepan lo que quieren decir. Esto es muy importante porque molestan al confesor, que no las comprende ni entiende qué quieren decir, y en vez de confesarse de sus pecados suelen pecar al confesarse. En confesión se cometen faltas graves: la primera que se va para desahogarse y tranquilizarse más que para agradar a Dios y unirse a Él. Nos parece que estamos muy contentos, nos hemos desahogado a fondo y hemos dicho todo y creemos que eso basta, como si nuestra paz y descanso dependieran de eso. En esos desahogos que se prolongan mucho, se corre el riesgo de mezclar las faltas de los demás con las nuestras, cosa que no se debe hacer. En este punto es donde hay peligro de faltar y donde se suelen cometer pecados en la confesión.

»La segunda falta es que van a la confesión a decir preciosos razonamientos y comentarios con hermosas palabras, cuentan grandes historias para granjearse estima, exagerando sus faltas con bonitas palabras, y cuando se trata de una falta notable, o de un pecado grave, lo dirán de tal forma que parecerá muy pequeño y obrando así no manifiestan al confesor el estado de sus almas.

»La tercera falta es que acuden a confesarse con tanta habilidad y sutileza que en vez de acusarse, se excusan con gran miramiento de sí mismos, temiendo que se vean sus faltas. Esto es muy pernicioso para quien lo haga voluntariamente.

»La cuarta falta es que hay personas a las que agrada exagerar sus faltas y dicen una pequeña como si fuera muy grande. Ambas cosas están muy mal. Quisiera que se dijera las cosas como

son, con sencillez y sinceridad. Hay que acudir a la confesión para unirnos a Dios, con un verdadero aborrecimiento de los pecados y una total determinación de corregirse.

Preguntan si las hermanas al confesarse deben distinguir las obediencias pequeñas de las grandes y si se deben acusar en estos términos: «Padre, me acuso de haber desobedecido en una cuestión importante o en una insignificante», o si hay que decir la cosa sencillamente como es; y también si se deben distinguir las obediencias de la Regla y de las Constituciones, porque hay algunas cosas que nos están solamente aconsejadas y otras, nos están mandadas.

«Hija, vuestra pregunta es muy importante: las confesiones deben ser tan claras y completas que no haya nada que añadir; nunca he aprobado otro modo: hay que decir las cosas como son. Dais quehacer a los confesores, porque no os comprenden y creen que son grandes unas faltas insignificantes. Si vuestra desobediencia es en sí importante, decidla como es sencillamente. En cuanto a las faltas pequeñas, es diferente pues diciendo al confesor: “Me acuso de haber faltado dos veces a la obediencia en cosas poca importancia, con eso se queda tranquilo sabiendo que no es gran cosa”.

»Hay que considerar las circunstancias de muchas faltas pequeñas, pues la Regla y las Constituciones no obligan en sí bajo pena de pecado. Así es que ni la Regla ni las Constituciones constituyen el pecado, sino las circunstancias y los sentimientos que, en cualquier otra circunstancia, lo causarían. Por ejemplo, os llama por la mañana la campana, que es la voz de Dios, y tardáis un cuarto de hora en responder; no es la Regla ni las Constituciones las que nos hacen cometer ese pecado venial, sino la pereza que nos ha hecho desobedecer. Las faltas contra la Regla, claro está que son mayores que las que se hacen contra las Constituciones porque aquélla es el fundamentos de éstas, que sólo son unas normas y pistas para hacernos cumplir mejor la Regla. De las cosas que nos son aconsejadas por las Reglas y las Constituciones no hay necesidad de confesarse porque no hay pecado, aunque la circunstancia sí podría serlo por incluir menosprecio o cualquier otra falta. El menosprecio nos hace incurrir en falta grave.

»Decidme, hija, si en el recreo, dejándoos llevar de alguna pasión habéis hecho algo, como discutir por una cosa insignificante sin daros cuenta hasta después de haberlo hecho ¿hay materia de confesión? Desde luego que no, hija mía, porque no la hay en lo que se hace por sorpresa y simple diversión, pero si no os humilláis internamente, hay que confesarse de ello. En las faltas contra la Regla que se cometen por sorpresa no hay pecado, ni tampoco en las que son sin advertencia: sólo la voluntad determinada causa el pecado».

Preguntan si al hacer el examen hay que distinguir los pecados veniales de las imperfecciones. «Sin duda que está muy bien que lo hagan los que saben hacerlo. Pero de doscientas personas no hay ni dos que lo sepan, hasta los más santos encuentran dificultad: esto origina grandes molestias y un montón de imperfecciones al confesarse, no distinguiendo en absoluto el pecado de la imperfección, y con frecuencia es penoso para los confesores que tienen que examinar si hay pecado para dar la absolución. Os voy a decir a este propósito lo que me sucedió una vez confesando a la bienaventurada Hermana María de la Encarnación cuando estaba en el mundo. Después de haberla confesado dos o tres veces, se acusó de varias imperfecciones y al acabar le dije que no le podía dar la absolución, porque en lo que se estaba acusando no había materia para ello. Se asombró vivamente porque nunca había distinguido entre pecado e imperfección. Al ver esto hice que añadiera un pecado de su vida pasada, como hacéis vosotras, y me dio las gracias por haberle enseñado lo que hasta entonces había ignorado. Veis, pues, qué difícil es esto, ya que incluso una persona bien formada lo había ignorado durante tanto tiempo. Pero no es necesario hacer esa distinción cuando no se sabe hacerla y esta gran sierva de Dios no dejaba por eso de ser santa, aunque sí es conveniente distinguir cuando se puede.

Preguntáis qué es el pecado venial y qué es la imperfección. El pecado venial depende de nuestra voluntad y donde ésta no ha existido, no hay pecado. Por ejemplo si viniera aquí preguntando por la Superiora y le dijese que vengo a verla de parte de la Princesa que le envía un saludo y cualquier cosa por el estilo, si no hubiera nada de esto y yo hubiera urdido todo en mi imaginación, no sería muy importante; pero si lo hubiera hecho voluntariamente, sí hubiera

cometido un pecado venial. La imperfección es hacer alguna falta por sorpresa, sin voluntad deliberada, como por ejemplo si cuento algo en el recreo y sin darme cuenta se me escapan algunas palabras que no son enteramente verdaderas, eso no es pecado sino imperfección y no hay ninguna necesidad de confesarse, aunque puede hacerse si no se tiene nada más, pero siempre hay que decir un pecado que se haya cometido en el mundo porque si no, no tendríais materia de absolución».

Se le pregunta si, «sabiendo con certeza que se tienen pecados veniales, se puede comulgar sin confesar, porque habéis dicho, Monseñor, que los pecados veniales producen una pequeña fisura entre Dios y el alma». Responde: «Si, hija, a no ser que por humildad os queráis privar de la Comunión». — «¿Podría pedir uno confesarse, aunque no lo haga la comunidad?» — «Si es un día en que la comunidad tiene que confesarse, podéis pedirlo y si no os lo permiten, podéis comulgar sin confesaros cuando la comunidad comulga, a no ser que vuestra conciencia os remuerda demasiado y entonces podéis privaros con permiso. Pero no apruebo que os confeséis fuera de los días en que la comunidad se confiesa, porque eso puede inducir a las demás a sospechar que se ha hecho algo grave».

Si una tiene antipatía a una hermana por habernos amonestado y esa misma hermana que ha sido amonestada redacta su resumen para hacer ver que la que la ha corregido ha faltado ¿hay pecado en eso y materia de confesión? «Indudablemente, hija, eso sería alimentar abiertamente la imperfección; y en cuanto al resumen, estaría mintiendo al decir: “He leído o he aprendido tal o cual cosa”, cuando en realidad lo habría urdido en su imaginación y no leído en su libro».

Una Hermana replica: «si hubiera leído algo útil para una hermana que hubiera cometido una falta de la que tratase nuestra lectura y yo lo dijera por amor a la Hermana ¿estaría mal? Si lo hacéis movida por el celo de ser útil a esa Hermana, no habría ningún mal en ello. Debemos ayudar a nuestro prójimo en todo lo que nos sea posible e incluso los avisos están instituidos aquí para ese fin. Recuerdo a este propósito el ejemplo de Arsenio que cometía la pequeña falta de modestia que conocéis y es realmente admirable la dulzura con que aquellos santos Padres le reprendieron y que enseña cómo debe corregirse suavemente sobre todo a las personas ancianas».

Se le pregunta si una Hermana que no se corrige de manifestar su antipatía incluso después de la confesión, pierde el fruto de la oración. «No, hija, aunque sí el mérito y la suavidad de la buena conversación, y no cumple su deber en la comunidad».

¿Qué debe hacerse cuando la Superiora nos dice algo que no hemos hecho? «A esto respondo, querida hija, que hay que hacer dos actos de virtud. Cuando la Superiora nos dice: “Decidme, Hermana, ¿habéis hecho tal cosa?” Si no la habéis hecho, hay que contestar la verdad sencilla y humildemente; si os vuelve a decir que la habéis hecho, haced dos actos: uno de sumisión y otro de humildad porque se conoce que habéis faltado».

«¿Se debe procurar que la Superiora tome algo, cuando se piensa que lo necesita, o hay que quedarse tranquila pensando que posee suficientemente el espíritu de la Regla para pedir lo que necesite?» — «A esto respondo, querida hija, que hay dos clases de Superioras: unas son muy severas y austeras consigo mismas y con éstas no hay que esperar a que lo pidan, sino prevenirlas a veces con discreción. Pero os diré que las superiores se sienten obligadas a una santa austeridad en la observancia de la Regla y eso las hace más silenciosas respecto a sus males. Las otras son demasiado sensibles y libres y aceptan gustosamente los alivios; no hay que invitarlas, basta con que se les dé lo que piden. Si piden algo con excesiva frecuencia, no hay remedio, no hay que dejar de dárselo. Cuando las Hermanas saben que la Superiora es algo complaciente consigo misma, la acosan para hacerle aceptar los remedios y la alaban para que las ame, con lo cual manifiestan que no es por caridad, porque no se preocupan por las hermanas cuando éstas están enfermas. Os diré que entre todos los santos que están en el cielo, hay muy pocos que hayan atinado exactamente con las virtudes. Unos se han excedido en austeridad y hay muy pocos que se hayan mantenido en los límites de una santa moderación. Igualmente hay muy pocas Superioras que se quedan en el término medio: unas son excesivamente severas y otras excesivamente flexibles».

»He notado en todas nuestras Casas que nuestras hijas no distinguen entre Dios y el sentimiento, entre la fe y el sentimiento y eso es un gran fallo. Les parece que cuando no sienten a Dios no están en su presencia. Por ejemplo, una persona va a sufrir el martirio por Dios, pero no pensará en El en ese tiempo, sino en su pena y, aunque no experimente sensiblemente el consuelo de la fe, no deja de tener el mérito de su resolución y hace un gran acto de amor. Sólo tenemos que desear la unión de nuestra alma con Dios. Felices vosotras que estáis en la vida religiosa; todos vuestros ejercicios os conducen continuamente a eso; no tenéis que perder el tiempo en deseos».

Este es el último adiós de nuestro Bienaventurado Padre a nuestras Hermanas de Lyon el día de san Esteban por la tarde. Falleció el día de los Santos Inocentes 1622.

Al ver las antorchas encendidas para acompañarle, dijo asombrado a sus gentes: « ¿Qué queréis hacer? De buena gana pasaría aquí la noche sin dudarlo. Pero tengo que irme, la obediencia me llama. Adiós, queridas hijas».

Entonces nuestra Madre le rogó humildemente nos dijera qué deseaba nos quedase más hondamente grabado en el alma. Respondió: « ¿Qué queréis que os diga, hija? Ya os he dicho todo con esas palabras de no rehusar nada, no pedir nada. No tengo otra cosa que deciros. ¿Veis al Niño Jesús en la cuna? acepta todas las inclemencias del tiempo, el frío y todo lo que su Padre permite le suceda. No rehúsa los pequeños alivios que su Madre le proporciona, no está escrito que jamás tendiera sus manos a los pechos de su Madre, sino que dejaba todo eso a su cuidado y previsión. Del mismo modo nosotros no debemos desear nada ni rehusar nada, sino sufrir todo lo que Dios nos envíe, el frío y las inclemencias del tiempo».

Le preguntaron si no había que calentarse cuando había fuego: «Se ve bien que es intención de la obediencia calentarse con tal de no hacerlo con tanto afán».